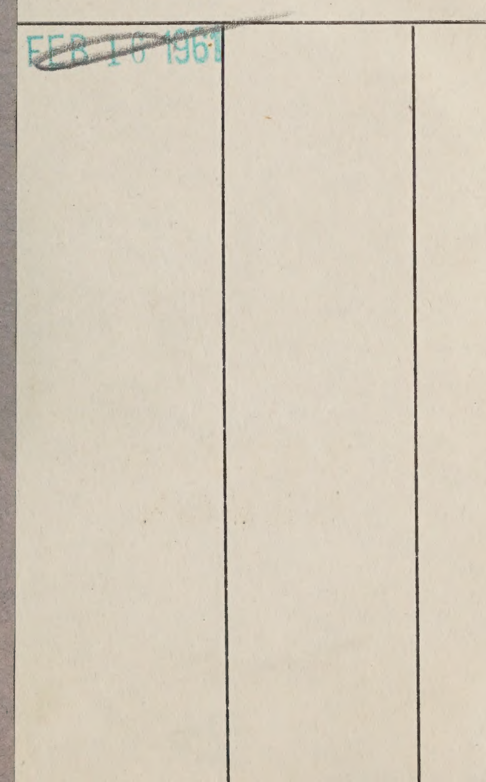

FEB 16 1961

JOAQUIN GARCIA MONGE

HIJAS DEL CAMPO

M. C. M.



JOAQUIN GARCIA MONGE

HIJAS DEL CAMPO

M. C. M.

Gran Imprenta de Vapor de Alfredo Greñas
SAN JOSÉ, COSTA RICA

I

Abrió antes un postigo, y sacando de su faltriquera un pañuelo, limpió el asiento del taburete, en el cual repantigóse tranquilamente.

Era el domingo segundo de diciembre y el mancebo habíase venido de la capital, con el fin de arreglar asuntos é intereses que concernían á la finca, herencia de sus bisabuelos, que le producía las más pingües ganancias.

La pieza, como el resto de la casuca, despedía un olorcito á ropa guardada, como que sus meses hacía, no le daban ventilación.

El mozo tenía regular estampa: un poco enclenque, con ojeras, lampiño, y cubierto el rostro de barros. Decíanle Melico.

Encendió un Murias y acercóse hasta el umbral. De pié, su figura parecía más agra-

dable: no muy alto, y de buen recorte el tronco.

—Qué calamidad! : — apuntó — no llega ñor Pascual. Por aquí no se ve una alma; todos, por lo visto, andan en la misa.

Desde San José le vino acompañando una perrilla, de nombre *Picúzara*, que todo lo husmeaba, hasta dar con unas yerbas, que comió con repulgos.

—¡Conque al fin pareció el peine! — habló Melico, tendiéndole la diestra á ñor Pascual, el mandador.

—Qué tal, mi señorito, qué tal? Ende que vide su peruano á la entrada, se me puso que aquí estaría usté. Y la familia, cómo quedó? — dijo el viejo, muy majo, con los pantalones de dril engomados y no menos la camisa de manta.

—Ya fué á misa?

—Cómo no! Oyí la palabra de Dios y aquí estoy para lo que mande. Pero antes, voy á darle pasto á su potro.

—No se moleste. Ya me marcho. Sólo hemos de hablar unos minutos.

—Adió...! un poquito de café cuando menos. Sí. Piedá...

—Ni la llame, ñor Pascual, debo ir á almorzar á San José.

—Si usté lo quiere así...

La moza acercóse á su abuelito y preguntó:

—Qué decía, tatica?

—Nada, andá vete.

Los dos encamináronse hacia la calle.

Ñor Pascual era uno de los ancianos más buenos del mundo. Admirable por su boyuna paciencia, tardío en sus andares, pesado el corpachón y el rostro arado por los sinsabores de la vida. Esta adquisición que hizo el abuelo de Melico, era prototipo de honradez: sus energías las empleaba en beneficio de su patrona y nunca en el propio.

—Y cómo están las cosechas del vecindario? — interrogó el josefino, volviéndose hacia ñor Pascual.

—Malucas, don Melico, malucas. Ha caído alguillo de *chasparria*.

—Lo siento por los que deben, por café, á mi mamá. Y cómo andan de *joles?*

—Según me han dicho, no están bien. Se ha escaseado tanto la plata, que no es tan fácil conseguirla.

—Es la crisis general. Yo no me preocupo por aquellos que nos adeudan, porque mi madre no necesita ahora dinero; además, las hipotecas responden por los documentos.

—Son diez?

—Diez, y por sumas regulares.

—Lo peor es que así andan muchos. Diz que dicen que don Irineo, el dueño del patio, amigo suyo, piensa este año quitar las propiedades á los que le deben; que es mucho aguardar. La cosa tupe!

—Sí; pero yo no sería capaz de hacer lo mismo con mis deudores. Me duelen tanto esas gentes que nunca podría echarlas fuera de su hogar.

—Pa que así pensaran todos! Usté tiene el mesmo corazón de su papacito, que en paz descanse.

—Por otra parte: quién me cuidaría las

nuevas fincas que yo adquiriese? Con dificultad hallaría un mandador tan excelente como usted.

—Quién sabe? Pobres vecinos, de veras me dan compasión.

—Y es malestar general. Hoy los ricos dan la ley y el pueblo irremediablemente se ahoga entre las redes de los usureros.

—Sea por Dios. Al paso que vamos, quién sabe qué va á ser de nosotros!

—En nuestra finca he visto muy regular cosecha. No?

—Ah, sí! Floreó el café muy bonito, está muy vestido; ha madurado tan parejo. Yo pienso, si usté no dispone otra cosa, empezar *la cogida* el mes entrante, Dios primero.

—Pagará por *cajuelas;* no admita muchachos, sólo mujeres y hombres.

—Claro, sí, claro. Ya muchos cristianos me preguntan, que cuándo empiezo?

—Arregle bien la casa; mi familia se viene á fines de la semana.

—Y este año, por qué tan tempranito?

—Quieren que así sea.

—Mejor, mi patrón; aquí hay onde pasar á gusto y divertido.

—Aquí está el abono de los peones.

—Muy bien, mi señor. Ahorita mesmo les voy á pagar.

Melico montóse en la bestia.

—Está bien, pues; me voy: son las once y veinticinco. A las doce estoy en casa. Adiós, ñor Pascual. No se olvide...

—Ah, no! El sábado mando las carretas por los trastos. Saludes por allá.

II

ENTRE los peones de Melico, había uno llamado Nieves, muy simpático y candidote. Lo traían, de zoca en colodra, sus amoríos con una nieta de ñor Pascual. Este vivía patriarcalmente con la novia del labriego y con otra mujer, jamona ya: pasaban las dos, como ramos únicos de su tronco.

El padre de ambas, é hijo del mandador, como casi todo costarricense que busca la vida en la garganta de las sierras, fué víctima de los llamarones que lo envolvieron un día, ínterin daba fuego á una quema.

La de Nieves tenía veintiún años, por gracia Piedad y era el quien para quien de su abuelo: prójima cachigorda, con la faz de un moreno lustroso, como diz que la tenía San Benito y muy metida en sus postas, jugosas y rosadas, como la pulpa de una sandía: hembra ardiente, que en punto de amores, era una antítesis de su nombre, porque no le guardaba consideraciones á ninguno y muy capaz de meterle á cualquiera una revolución en el cuerpo.

No era aquella, sino el diablo mismo, lo que sentía Nieves, escarabajeándole de los pies á la cabeza.

Tuvo la muchacha de hacer garatusas sin cuento y de gastarse saliva, para ofrecer una seba apetitosa al renuente *barbudo*, que no quería tragarse el anzuelo.

Las relaciones comenzaron con todos los

requisitos de la costumbre: Nieves fuése á ver al maestro Canito, una fisonomía muy característica de las poblaciones chicas. El mancebo había sido su discípulo y como él, la porción, que sin pizca de respeto, iba á solicitarle sus servicios.

Aquel domingo, Nieves, hecho un presunto novio, andaba muy plantado con una cinta tricolor atada á la cintura, por sobre la camisa; recién afeitado, con el cabello en ondas lustrosas, y sobre la cabeza un pita con las alas en barquillo. Adelantóse hacia el escritorio de su ex-maestro, desabrochó su chaqueta y del bolsillo interior sacó un pliego fino de papel, con viñetas en las esquinas y corazones atravesados por un puñal en los márgenes.

—Venía á que me escribiera unas letritas pa Piedá: usté sabe lo que es querer mucho?

—Bien, cómo no!

Muy práctico en el oficio, tomó don Cano el portaplumas, y rasgólo sobre el satinado papel, escribiendo una epístola emperifollada y ridícula, en que había "*sacro-*

santas uniones," "*lazos eternos*," y demás frases campanudas y sin ortografía que dejaron embobado al rústico.

—Cuánto le debo?

—Veinticinco centavos.

Con la *medida* de San Rafael, deparador inmejorable de buenas muchachas, amén de aquella cartita, pergueñada por el muy ilustre don Canito, salió al encuentro de Piedad. Y era suya, de corazón al menos.

III

REVOLTOSA la mañana, con el cielo entoldado, las brumas y la garúa que caía tupida y gris. El coche brincaba sobre los guijarros sueltos y los baches del camino. Cuando pasó, las cuatro casucas del pueblo de San Antonio retemblaron y las mujeres asomaban por las puertas ó ventanas, medio busto, ceñido por una pañoleta de colores; los chicuelos, en camisa, que ju-

gaban con el lodo, corrieron á buscar abrigo en las faldas de las madres, y luego, lo miraron con semblante asustadizo.

Encontrábanse los prados como dormidos, en un triste sosiego, y oíase sólo la gritería de tal mozalbete que arreaba los ganados para los potreros, el chirrío de alguna carreta con pasto, tirada por un par de bueyes encogidos y con el testuz humeante.

Ocupaban el interior del carruaje, la señora doña Carlota, viuda tres lustros hacía, hasta por los cincuenta años, aún galana, pingüetudinosa por extremo (esta era su perpetua pesadilla) y muy crecida la mata de su pelo; Angélica, vástago suyo, enfermiza y larguirucha, trajeada de luto, y madre de dos chicuelas que la acompañaban: en ella se fijaba más el interés de la familia por vivir en el campo. En compañía de doña Carlota, iban sus otras dos hijas, Ofelia y Catalina, en las dieciocho pascuas, con sus rostros de muñecas, mellizas, con el color rosado como concha nácar y esponjadas á modo de una corola entreabierta. Iba también

la añosa cocinera, á quien se miraba como de la familia desde tiempo inmemorial y era un ser de esos, con los cuales se concluye por encariñar, como con el micho ó con el faldero lanudo. No se derrochaba entre ellas el alborozo, tan propio cuando se sale de la ciudad y que convierte á un coche en una jaula de pericos, así es la charla: antes bien, iban cejijuntas, con la vista clavada en cualquier cosa y el pensamiento errabundo.

La residencia de verano de doña Carlota, era una hacienda reclinada en la colina del *Salitre* y el paisaje que ofrecía, como visto al través de un vidrio, así lo fingían las neblinas descolgadas de la cumbre.

Cuando llegaron, ñor Pascual aguardábalas en el portón y recibiólas con agasajos de perro agradecido.

—Qué tal el viejito, siempre gordo y colorado como un muchacho! — dijo Angélica.

—De veras, desde que lo conocemos es el mismo. Ahora sí le sacamos las canas. Ya verá, ñor Pascual. Y cómo se halla? — siguió Ofelia.

—En la mesma, con una porcia de males, y aguardando *La Pelona* hasta que Dios quiera. Qué se ha de hacer! Un poco fesillo el tiempo, les ha toçao.

—Ay! Qué será? Tanta lluvia, tan muerto que se ve el campo.

—Son las navidades, mi señorita.

Veíase á las vacas pacer tranquilamente, con el rabo entre las piernas y la ubre escurrida, ínterin los recentales triscaban de un lado para el otro, remedando ya, las cornadas y coces de sus padres; el toro rechoncho hacía la rueda á las novillas renuentes, de mejores ancas, las olía el muy atrevido y quedábase minutos con las narices en alto; las gallinas mantenían muy natural garrulería por un abejorro que se hallasen en el estiércol y el *chompipe* campanudo sacudía con garbo el moco y estrujaba entre sus alones á quien no le rindiese vasallaje, Por sobre esta alharaca, alzábase el ladrido de los canes, en desasosiego, por el ruido que se advertía á la entrada de la finca.

La gente de San José atravesó un above-

dado pasillo, que dejaban dos hileras de mangos y manzanos, hasta que el coche la puso á la puerta misma de la casa. Esta resplandecía de puro limpia, con sus blanqueadas paredes: así habían sudado la gota ñor Pascual y sus nietas, rascando cielos y fregando pisos.

Nunca se cuidaron de darle toda la holgura necesaria, porque sólo en los meses veraniegos la habitaban. Y para qué?: las incomodidades que presentaba, hacíanla deliciosa: nada que guste más, cuando al campo se sale, como ver la estrechez y desorden de las viviendas, antítesis de las correctas casas urbanas, de los monótonos salones, fríos é intachables, con su ridícula gravedad del buen tono.

No embargante, la oreaban los aires que venían de la montañuela, tenía los dormitorios de frente á los primeros rayos solares y un corredor fresco, y casi oscuro, por las enredaderas que se estiraban de un jardín enmarañado. Por lo demás, tendíanse á la izquierda las habitaciones de los labriegos

pobres, la de ñor Pascual y los cobertizos que servían de hórreos, establos y caballerizas; más allá, los cañadulzales, las dehesas, los platanares y cafetos enfilados.

Los campesinos alegráronse mucho con la venida de doña Carlota y corrieron á dejarla cuanto Dios les deparaba. Ella, á su vez, atraíalos con su buen humor, su familiar conversación, dábales la comida sobrante, pantalones usados, cotonas y fustanes viejos.

¡Bien comprendía la señora, que el pobre nunca saca algo de su choza, si no es para que le den, en cambio, lo que necesita.

IV

TRAJEADOS con su ajuar veraniego, como quien dice, con pantalones blancos, camisas de lino, chaquetones de lona y sombreros de paja, iban á horcajadas

de dos briosas cabalgaduras, ambos mancebos josefinos.

El uno era Melis, hijo único de doña Carlota, huérfano de un padre que lo quiso con toda el alma; arribando á los veintidós, pasados en compañía de su familia y sin más ocupación, que la de velar por los intereses de la casa. El segundo tenía por mote Tijo; largo de busto y de pescuezo, afilado y peludo el rostro; pobretón él, pero muy pagado de su entronque y oficiaba de tenedor de libros en un almacén de la capital. Era un tipo de los que se hacen interesantes, de talento mal aprovechado, que ponen al servicio de diabluras, con las cuales alcanzan celebridad en los corrillos aristocráticos.

Ambos pertenecían á la agrupación de pollos elegantes, amiga de pasar de tarde en tarde, en una francachela ó en una orgía, pero juventud alegre que pone en práctica un refrán lleno de verdad, como todos los refranes, y que dice: "*Este mundo es un fandango, y el que no lo baila es un tonto.*"

He aquí su regla para todas las cosas de la vida, la cual toman en broma, vista al través de un prisma de colores, y sin dejarse arrastrar por escepticismos extravagantes.

Por lo que hacía á Melico, su madre bien se cuidó de darle una ilustración relativa, y, á la hora presente, contaba dos años de haberse graduado en el Liceo de Costa Rica. Con un estudio, superficial, por supuesto, cultivó su aguda inteligencia.

A las cinco de la tarde salieron de San José, é iban á comer á la hacienda. Tijo era sobrino de doña Carlota y gozaba de muchas simpatías en la casa.

Tijo, así que hubo recomendado á ñor Pascual que pusiese la yegua largo del garañón, entró al corredor, frotándose con un pañuelo la frente y desarrugándose las perneras.

—Y qué tal, cómo les fué por la mañana?

—Muy bien; cómo quedó tu mamá?

—Regular, gracias. Y las niñas?

—Adentro: hoy han estado muy atarea-

das, medio arreglando los muebles. Qué trastorno más grande, eso de venirse al campo! Tanta incomodidad!

—Mejor, si es lo que más agrada.

—Quédate ahí; voy á ver qué es de las muchachas.

—Muy bien, tía Carlota, — concluyó Tijo, recostándose en una muy sabrosa ahamaca. — Entretúvose en coger las mejillas de una de las chicuelas de Angélica, que correteaba por ahí, dando rienda suelta á su inquietud innata.

—Hoola...! Catita! Caramba!: si estás más colorada que una rosa; así has trabajado?

—Te parece; esta casa... Y por San José, qué dejaste?

—Hum! Qué modo más indirecto de preguntarme por el novio! No te preocupes, el domingo viene. Ten paciencia. Y Ofelia?

—Está adentro, ahora viene; no ves que parecemos un limpión; mira qué mechas. Ah!... para eso estamos en el campo.

—Natural; si así estás más linda. En ese

descuido hay gracia. Más bien sería ridículo andar aquí muy plantada.

—Verdad? Eso digo yo.

—Nos llaman á comer. Tijo, vente; sólo aguardábamos á que llegaran ustedes.

En el comedor hallóse á Ofelia.

—Así me gustas, — le dijo; — pareces toda una mujer de su casa.

—Y qué pensabas? Siéntate, haz las veces de un abuelito.

—A dónde?

—Ahí, en un extremo.

—Y tú aquí, no?

—Sí; voy á lavarme las manos.

La comida pasó muy bulliciosa: hablóse del campo y sus delicias, de lo triste que San José quedaría muy presto, y de mucho más.

El café hubo de irse á servir á la solana. Sentados en un sofá de crines, hacían la digestión los parientes.

Ofelia ocupaba una mecedora y tenía á su lado á Tijo. El cual, dándole fin á un cigarrillo, empezó á decir:

—Eso de venirse tan temprano al campo á veranear...qué feo! Lo siento por ustedes.

—Figúrate! Pero si no venimos por temporar, casi. El objeto es que que se mejore Angélica.

—Muy triste ha quedado, no?

—Claro! Con la muerte del marido está afligidísima. Pobrecita. No hace más que llorar.

—Es que se halla nerviosa. Está muy flaca?

—En el hueso, niño. Talvez los baños en aguas salinas la repongan.

—Ojalá! Por lo menos, los reumatismos se le aliviarán.

—Mamacita la consuela mucho. Le dice que no se aflija. Que á lo que Dios hace no se le puede poner remedio.

—Pero todo en balde, no?

—Sí, ya cuenta seis meses de sufrimiento.

—Poco á poco irá, si no olvidándolo recordándolo menos.

—Así creo.

—Sáquenla á pasear bastante. Aquí hay

lugares muy preciosos. Distráiganla. Si no, se muere de tisis, como el marido.

—Cállate, por Dios. No seas tonto!

—Deja esta conversación y vamos á la caballeriza; talvez las bestias están pateándose; el garacho está muy revuelto: quién sabe, si con la venida de la luna? — dijo Melis, en el oído de su primo, tirándolo por un brazo.

—Hombre, no, ya me voy. Anoche me desafié con Arturo para unas carambolas y de segurito me aguarda.

—Oh vida más linda! Te acuerdas?: cuando no al billar, al dominó, y de ahí los ajenjos, las cenas en el restaurant de Monlouis...

—Te va á hacer falta. Ha días no te emparrandas.

—Cuándo vuelves? — dijo Catita.

—Un domingo de estos.

—Sin faltar, cuidado!

—Por qué no te quedas? — apuntó doña Carlota.

—Si tiene qué hacer! Vente, no hagas caso.

—Oh Manuel más incivil! — dijo Catita.

—Adiós, pues, adiós!

Llegaron hasta la caballeriza. Tijo subió sobre una yegua, dióle un apretón á Melis y se marchó.

V

SALIERON ambos de prisa: debían encontrarse en la colina, cuando empezase á rayar el día. Melico desayunóse antes con un vaso de leche y Nieves con un sorbo de aguardiente.

—Vienen de Patarrá, no?

—Sí, señor; de ahí se desprenden y caen *dundas* en los aguacatillos.

—Mejor así: al pié de los árboles, recibiremos las bandadas de palomas á balazos.

—Vió, don Manuel, vió: lo tempranerilla que estuvo Piedá, aguardándome con una jícara de café?

—Sí, pero eres muy bruto: no la aceptaste; deja esos berrinches.

—No hay tal, es que pa este frío, más vale un traguito caliente. Y sabe qué fué?

—Qué?

—Pues anoche nos oyó con el cuento de las palomas... La voz se le perdía al peón; á duras penas hacíase entender, pues iba de espolique. Su amo seguíale, en camisa, con un rifle á las espaldas y muy acomodado sobre el vellón que cubría los lomos de una cabalgadura.

—Y cuándo te casas con ella?

—Apenas me dé Dios lo necesario. Este año... el otro, quizás...

—Cuando le canceles la deuda á mi mamá, puedes vivir independiente.

—Pero, qué día será ese?

Nieves heredó, cuando menos lo pensaba, dos cercados y concediólos en hipoteca á doña Carlota.

—Trabaja con ahinco; no le saques á tus propiedades sólo café; hay tantas cosas que pueden cosecharse!

—Y qué? No pasa de darme la leñita y el cafecillo. Y dígame, pa hacer cálculos, á cómo nos lo pagarán esta vez, á veinte pesos siempre?

—No sé. Pueda ser. El precio del grano sube y baja.

No sabía el señorito! Y con tanto qué comprar!: calzones, camisas de lienzo, un pita, una cobija, algo para Piedá... Y si no le alcanzaba pa cancelar la *jarana...?* Y el casamiento, cuándo?

Melis le dijo:

—Nieves, sin dinero no te cases.

Esta expresión le sonó al campesino, como un trueno. Con qué visaje tan amargo se lo dijo su señorito!

Melis hubo de observar á muchos de sus peones, que sin un centavo, sin más esperanza que el salario, echáronse encima la cruz del matrimonio; con el tiempo, sus mujeres, con ser á una, concubinas, madres y nodrizas, con los trabajos y abstinencias, se agotaban presto y criaban una generación panzuda y raquítica.

Para no acordarse de los que se fastidiaban á los ocho días, después de amargos desengaños; de los que enfermaron á poco de haberse casado y tuvieron de irse á morir al hospital.

—Entonces, mi patrón, nunca lo haré....! Si Piedá....se aviene. Usté no la ha oido nunca. Estos ojos, que la tierra se ha de comer, han visto mucho bueno en ella. Si....

—Ya lo sé, Nieves, ya lo sé. Por la moza no debes estar descontento: es sana, trabajadora, cristianamente educada.

—Si todo lo tiene! Usté cré que yo iba á ser tan *güecho!* Si no me cuelga toavía!

—No te enojes. Has tenido muy buen ojo. Estoy convencido, que de las cien muchachas que por ahí veo, pueden llevarse difícilmente diez al hogar: en su mayoría son unas desenvueltas, criadas en medio de la murmuración, del mercantilismo sucio, de los malos ejemplos.

—Cómo no? Si estoy de acuerdo. Ave María!: si hoy da asco! Yo, si no me hubiera hallao á Piedá, me voy á bus-

carla muy largo. Verdá que se puede uno......?

Melis adivinó la pregunta y le contestó:

—Casarse? Sí. Pero tú no. Oye una cosa: aguárdate más meses; yo seré tu padrino. Te gusta?

—Ah, sí! Convenido! Bueno, y cómo cuándo?

—De hoy en un año, talvez.

—Corriente! Entonces ya viene mejor cosecha y la pagan bien... y me caso. Entonces sí!

En cuatro brincos de alegría, acercóse á su amo y acaricíólo.

—Pero, cállate. En eso quedamos. A cazar, pues.

Al pié del repecho dejó Melis el caballo y se internaron ambos en el boscaje.

Aquella vez, Nieves mató muchas palomas y agradecido se las ofreció á su señorito.

Sí, sería el padrino! P'al otro año.... ¡¡casao!!

VI

Es el atardecer de un sábado: el horizonte se pierde en la penumbra, que forman los nubarrones atrasados del invierno que se va; despréndese, de cuando en cuando, el grito alegre de los peones de Melico, que salen bulliciosos de la hacienda, porque guardan en el bolsillo la remuneración de sus tareas.

El honesto de ñor Pascual vuela á la pulpería, compra las verduras y se hace del sustento semanal para su familia; de las muchachas, unas, como Piedad, corren á depositar sus ahorros en un cepo de madera; otras, á comprar ordinarios zarcillos y baratijas vistosas.

Los mancebos — Nieves uno — cuídanse antes de asearse el cuerpo, limpiarse la roña que dejan el polvo y el sudor, emperegilarse

luego, olorosos á Patchouly ó almizclillo para marcharse á la taberna, porque esta noche es Noche Buena, "y de no dormir," agrega el pueblo. Este nada celebra más vulgar é indecentemente que la Navidad. Los españoles sembraron, en época del coloniaje, buenas y malas costumbres; hoy quedan las malas tan sólo.

Descolgada la noche, las muchedumbres de media legua á la redonda se alejan de sus solares y acuden á coger la misa del gallo, que habrá de celebrarse en la Parroquia de la villa.

Antes de la ceremonia se apiñan dentro y fuera del templo, en el atrio de éste, al pié de los higuerones que circulan la Plaza, en los pretiles de las casas ó en los banquillos de las tiendas. A una de las cuales entró Nieves con Piedad, seguidos del mandador.

Para el novio existía un motivo de satisfacción, en dar aguardiente mezclado con otros venenos, á su pareja; y no menos la sentía el padre cariñoso, repartiendo copas á su mujer y á su prole. Por aquí veíase á

un hombrachón borracho, tirado como un trozo, con la barbota peluda, clavada en el polvo del suelo y en las babas; por allá otro, boca arriba, debajo de un asiento, da resoplidos y berrea como una bestia; acullá seis benditos, que bailan los aires populares tocados por un acordeón y guitarra.

Cuadro tanto más inmoral, cuanto se sabe, que á la pulpería llegan concurrentes de todos los tamaños y colores, edades y oficios, se agolpan frente al mostrador, pidiendo al pulpero el *guaro*, licor que deposita en la sangre de los rústicos sus endiablados elementos y hace de ellos el trasunto de las bestias.

Ahí flotan por el aire vapores nauseabundos, avinagradas expresiones, y ante un puñado de ébrios, una niñita frunce los labios, cierra los ojos y se niega á probar el guaro, aunque se enojen sus parientes.

Ahí las madres, echan á poquitos una bocanada de *cautel*, al roró que llevan en los brazos y se ríen de mil amores, con los

visajes que pone aquel, cuando siente el escozor en las encías y paladar; ahí llegan los niños abrazados, fumando por imitación, piden con el énfasis y el garbo de un adulto las copas de aguardiente, se van entre ellos mismos á las manos, se rompen, lloran, mésanse el cabello, golpéanse la cara, zapatean como locos y la masa idiota se divierte con ellos y la indolente autoridad, como si tal cosa. A los ojos mismos de ésta, el vicio extiende sus alas asquerosas de murciélago.

Cuando el sacristán llamó á la misa por tercera vez, escuchóse entre los grupos un: "ya dejan," "ya dejan," y poniéndose en movimiento, invadieron el templo, iluminado por seis descabaladas arañas, que pendían del techo.

Las mujeres se desparramaron en la mitad de la nave y los hombres por ambos costados del recinto y en nucleo por el presbiterio; en el cual, — oculto por la humareda del incienso,—perdíanse las débiles palabras de un sacerdote asmático. De arriba, del coro, descendían las voces roncas de un

órgano de flautas y apolillado, el tin, tan, tirán de un tambor, el monótono silbido de la chirimía, el pitíotíotío de los pitos, semejante al piar de un pato pequeño, y por sobre todos los instrumentos—acordes en tocar un compás de polka — el cantar clueco de unas mujeres. Abajo, el gimoteo de los párvulos en los regazos de las mamás, el rumor de los fustanes de las viejas abombadas, como un globo, el sudar la gota, las tocecitas importunas y el calor de horno que subía, cada ocasión que la multitud se arrodillaba, ponía en pié ó sentábase.

Por las puertas del templo, entraba un ruido, como de marejada, que venía de la calle: era el hatajo ébrio y salvaje que bramaba, repartiendo pescozones y cayendo redondito en los baches; era la inmunda prostituta, con el rostro arrebolado, que pedía aguardiente, arañaba y entre alaridos, colgábase de los hombres, y metía la camorra entre ellos; era la madre que avanzaba por entre los pelotones, á impulsos de su instinto de protección, á defender á su hijo. Era

Nieves, bolo, con la crisma rota, sin acordarse de Piedad, de sus deudas, ni de su casamiento....

Y la luna, altísima, alumbraba con claridad tenue, este cuadro, que más parecía un aquelarre de brujas.

VII

Manuel, antes de trasponer el umbral de la capilla, abrióse campo por entre los fieles agrupados en el portalón, y encendió un pitillo. Habíase fastidiado: por vez primera asistía á la Navidad en el campo y extrañó que en un villorrio se hiciesen cosas tan feas. Tendiéndole el brazo á un peón suyo, de cepa exótica, le habló así:

—En verdad, mi amigo Julio; convengo con las sencilleces del pueblo, me encantan; pero no admito á esa muchedumbre dormilona que cabecea risiblemente; á los beodos,

que entran al recinto á hacer porquerías, á los vagabundos que juegan por los confesonarios, á la multitud borracha. Pero Nieves!... Quién lo cree?... Me llegó á pedir plata y le dí un regaño.

—Con migo se enojó porque no lo seguí. Ese muchacho y como él sus amigos, siempre se emborracha en los novios, las *velas*...

—Sí, el afán que tiene el pueblo de mezclar con el vicio sus fiestas sociales y religiosas.

—Es lo que me ha chocado siempre.

—Vamos á casa de Casilda. Lo convido, porque á usted ha de gustarle.

—Me es indiferente.

Ambos encamináronse á un ángulo de la población, hacia una vivienda escondida, por allá, que se distinguía por la luz de un farolillo que colgaba del dintel de la puerta.

Dos naturalezas componían el carácter de Melico: la una, manifestábase refinadísima en sus modales, la otra, brutal hasta en sus sentimientos.

—Y por qué no se marchó usted á pasar Navidad en la capital? Ahí debe de ser muy bonita.

—Bruto que soy! Ayer recibí una invitación de las M: se comenzaría por una reunión de confianza, luego baile, de ahí una cena exquisita preparada por mi simpático amigo Monlouis, unos clásicos *tamales*, nuestro rico plato que usted conoce, como quien dice, un cocido de maíz en masa, garbanzos, aceitunas, pasas y carne de cerdo.

—Qué lástima, de veras, qué lástima!

—Habría un curioso arbolito de Noche Buena, es decir, un ciprés con el ramaje iluminado por candelillas de colores, como adorno, unas bombitas de cristal pendientes de hilos de plata y dorados; á las doce en punto, se repartirían cajas de dulces, bolas de hule, trompos de lata, muñecas, carretoncitos y un mundo caballar y bovino, que constituye la honda delicia de los niños' habría, en fin, una fiesta culta, civilizada y no estas bárbaras escenas que estamos vien-

do y con las cuales un pueblo católico, conmemora el nacimiento del Cristo.

—Pudo, al menos, haber asistido á la cena que tiene el señor Alcalde; él invitó á usted muy atentamente.

—Ir ahí...? Ya me lo supongo... muy buen trato... bonitas muchachas... sí, bonitas... pero todas con sus novios y las que sobran feas ó casadas, y no puedo permitirme con ellas mis tentaciones materialistas... Ya usted me conoce.

—Pero, según entiendo, hay un baile.

—Ojalá! Si hubiese el tal, santo y bueno. Pues, figúrese usted, cuántas cosas se hacen en ese abrazo íntimo y público! Un bigote que acaricia la mejilla... un beso y...

—Ya, ya, me lo figuro... interrumpió el *machito*, á quien no le agradaba mucho el libertinaje de su patrón.

Cuando Casilda viólos entrar á la sala, supuso á lo que iban y corrió á poner un mantel sobre una mesa, floja de miembros, alistó una botella con pimientos y vinagre criollos; sirvió unos tamales esponjados,

cuyo vaho bañaba los rostros de los jóvenes.

Melico dejó al *machito* y siguió los pasos de Casilda hasta la cocina; en ésta — á guisa de saludo — dió en confianza un abrazo á la madre, á ña Silveria, y como individuo que sabía los mases y los menos de tales gentes, desabrachóse el chaquetón, sacó una botella de aguardiente y la puso en el moledero. Estas eran las conquistas de Melico: bien conocía él que por el pan baila el perro y que por sus menudeados favores, ña Silveria, permitíale hacer lo que se le antojase, y recibíale con los brazos abiertos.

Así las cosas, la situación de tal familia era digna de lástima y un trasunto de la generalidad.

Cuando entróse al tabuco de ña Silveria, el hatajo hambriento, que pedía comida, Melico y Julio salieron, como disparados, para la hacienda.

Era la una y tres cuartos de la mañana.

VIII

La noche, de Julio, y con un cielo á oscuras. Por los alrededores de la casa, oyóse el trotar de una caballería. El marido de ña Silveria, un buen viejo, despertóse en sobresalto y gritó: los guardas! — los guardas!, y en dos trancos alejóse á hurtadillas.

El pavor se apoderó de todos, así es el miedo que inspiran los guardas á la gente campesina, expuesta á muchos atropellos.

Un hombre corpulento, con la cara de color vinoso y picada de viruela, la nariz chata y como un tomate y sanguinolentos los ojos, hizo crugir la puerta del dormitorio, sacó á Filomena, la hija mayor, en los veinte años por entonces, y en lujuriosa estrujadura, violó la virginidad de la moza.

Filomena le arañó, dió más gritos..., pero el guarda, rebosando satisfacción, la im-

puso silencio y la hizo comprender que se había realizado, al fin, un deseo muchos años atrás perseguido.

Pues el guarda fué antes carnicero, familiarizóse con la posta fresca y se trocó en un sensualista incorregible, en un sátiro lascivo y bestial. Sus negocios no prosperaron y dejó el oficio para meterse policía en la capital. Adonde llegó con la rudeza de un babazorro, sin conocer una cartilla de urbanidad; lo calzaron y se puso un cuello y un saco; pavoneóse por las calles josefinas por un semestre, con un tono autoritario desesperante, hasta que lo echaron del puesto. Regresó al terruño, inútil ya, con vergüenza para trabajar, corrompido y con puntas de tenorio. Haciéndole falta las costumbres puercas, volvió á solicitar una ocupación en el gobierno. Y como quien le da un mendrugo á un can, al individuo le señalaron un acomodo en el resguardo.

Recibiólo sumisamente, con el dolor, no obstante, de no haber hecho suya á Filomena, á la cual atisbó con muchas artimañas.

Por lo demás, habíase degradado en extremo, y su carácter se ofrecía para causas feas é indignas. Item: su nuevo acomodo, estaba muy de consuno con sus instintos.

Quiso la suerte mala, que un chismoso acusase al padre de Filomena, como comerciante en *guaro* clandestino, que traía del Agua Caliente, y la turba de raposas, capitaneada por el famélico violador, husmeó los escondrijos y halló unas botellas de contrabando; como buitres cayeron sobre el indefenso hombre y en satánica algazara, hiciéronle prisionero.

El rústico infeliz, para cancelar su multa, hipotecó la única propiedad que tenía — consistente en casa y solar — y murió después de pesadumbre.

Con la joven Filomena, pasó un caso muy frecuente en la clase baja del país.

La pérdida de la inocencia, cuando se hace de un modo violento y furtivo, atenúa en muchos grados, el sentimiento moral de quien la sufre.

Esto experimentaba Filomena, cuando

sintió que su vientre crugía con palpitaciones raras; dió á luz un niño, quísolo con mucho amor, y lloró amargamente al considerar, que el carnicero de marras, que la había apartado del buen camino, no cuidaría ni de ella, ni de su fruto. Esto último la inquietaba, y andando los días, pensó en otro hombre que la amparase: de grado en grado, fuéronla haciendo hasta la hora presente, cinco hijos, todos de padres distintos. La familia vivía miserablemente; de todo carecía. Ña Silveria oficiaba de *tamalera* y sus hijas ocupábanse en lavar ropas de señoras josefinas. El milagro de la casa, era Casilda. Esta perla del basurero, se mantenía inmaculada en un ambiente tan vulgar. No le faltaban, por supuesto, sus arranques pedestres, pero tenía inteligencia. Melico habíala puesto en apuros, mas, ella, con mucho tino, redondeaba los acontecimientos y salía airosa. En el lugar, la conceptuaban como la novia de Julio.

IX

¡CURIOSA y frecuente unión aquella!: comenzó por un abrazo que más parecía una caricia y concluyó por una estrujadura de muerte irremediable. Entonces, arrollóse en espiral é insensiblemente, el tallo débil y abejucado del *higuito* por el rugoso tronco del *poró*, hasta hombrearse con éste. Clavóle en el nacimiento mismo de su ramaje vertical, seis chupones y en busca de savia con qué robustecerse, agarrólo en su base misma con otros seis. Así quedóse el parásito unos días — como en sueño de lujuria — echado sobre el *poró*, en cuya corteza iba moldeando su estirada figura; alzó luego cuatro tiernas horquillas, rematadas en un penacho de hojas, y aguardó á que su tallo engruesara y se aplastase. Sabía el *higuito* de algunos parientes suyos, que apenas buscaban apoyo en los árboles

y de otros, que ingertaban buenamente, para seguir viviendo á sus expensas. Pero él no: con el tiempo, semejó un cien-piés gigantesco, así habían salido de su cuerpo los manojos de vástagos; los cuales, íntimamente ligados, agarrotaron al infeliz *poró*; éste sentíase morir ya y el *higuito* arriba... siempre arriba... arrancólo sin compasión de su asiento. Pasó un año y el *poró* veía desgajarse una á una sus ramas, notaba cómo el riñón de sus fibras volvíase polvo amarillento y nido de abejorros y su cáscara volaba en fragmentos, por el aire.

Ahora el *higuito* lucía su corteza manchada de gris y con huecos, como bocas disformes, llenos de telarañas y hormigas; su tronco, retorcido en dobleces y senos, ancho é incapaz de abarcarse con los brazos abiertos: pilastra adrede del tal para cual de su ramaje, que se desarrollaba en horquetas sólidas y despejadas, para coronarse en seguida, en movible y pesadona cúpula.

La luna en creciente, como un arco de color plomo, trasponía aquella mañana los

montes y su marcada inclinación hacia la derecha, anunciaba la llegada de los vientos, conforme lo aseguró ñor Pascual. En efecto, los Nortes, retozones y desencadenados, á su arbitrio, iban y venían por los campos, sacudiendo y vuelta á sacudir las copas de los árboles y se entretenían en arremolinar cuanto palillo, ramo ú hoja secos encontraban.

A la sombra del *higuito*, cuyos raigones se extendían por fuera del suelo, estaban Manuel y unos campesinos, aprestando los arreos necesarios para una pesca de *barbudos*. Era un antojo del señorito: con ser la festividad de la Concepción, los mozos andaban de huelga y aceptaron, con mucho gusto, el deseo del josefino.

Habíase nombrado jefe de la comitiva á Nieves, zanquilargo él, con el bigotillo rubio é ido á las puntas, encendido como un pimiento y en remolinos la cabellera bermeja.

Como los restantes, tenía los pantalones arremangados hasta un jeme más arriba de los hinojos y entreteníase en sobarse

unas piernas nervudas y pelosas, que terminaban en unos pies coloradotes y como planchas.

A pocos pasos, veíanse regados los canastos y la palanca. Ya listos — Melico con sus zapatos colgando de la correa que ceñía su cintura — fuéronse entrando á las achocolatadas linfas del Damas.

Nieves — que iba adelante — al notar un pedrejón, como una pirámide en punta, gritó:

—A este, á este!

Presto lo rodearon y á poco de moverlo con la palanca, dicen: alto!, alto! En un saco, que exprofeso llevaban, cayeron los *barbudos*. Siguiendo cauce arriba, ocultáronse en una ensenada de la corriente, adonde una piedra asomaba á flor de agua. Un pescador la examinó y dijo:

—Muy buena; más de diez güecos l'encontrao: aquí sí va á rendir. Listos! Hup, hup!

—Siete cogí yo y así tamaños.

—Un grandote y tres regularcitos.

—Caramba! Después que me pasaban por las piernas, no sacar ni uno! — prosiguió el señorito, revolviendo con las manos una porción de hojas.

Continuaron lecho arriba.

—Aquí debe de haber.

—No, hombre, no. Hay *correntada* y se huyen.

—Anímense, aquí hallamos la huaca de *barbudos* el año pasao.

En breve, después de mucha atención y pocas palabras, interrumpió uno, en cuclillas: ya! ya!, y sacando el canasto del agua, se vió un *barbudo* largote, le echó traca precipitadamente y el animal, en fuerza de colear, resbalóse de sus manos. Al *chapapluz* del pez á zabullirse, sucedió el *acharáa* de los campesinos.

* * *

Una piedra, á tajo cortada, como un prisma pentagonal, de misterioso aspecto, sombreada por un *cuajiniquil*, vestida de

flores y de palmas, cubierta de huecos, con la planada superior carrasposa, hase indicado como el término de la excursión.

Por sus alrededores y tendidos en la orilla del río, hállanse tres de los pescadores, con la humedad que les toca á las ingles, sin poder fumar, porque se han mojado fósforos y tagarninas. Manuel no daba un paso más, pues tenía magullados los piés; dos peones mascaban breva y, á grandes sorbos, apuraban los restos de una botella de aguardiente clandestino.

—Ah! si encontráramos algún día el *entierro* que hay debajo de esa piedra, salíamos de pobres—habló Nieves, en voz queda.

—*Entierro!* Pa que esa mentira, cuando lo que hay es un *encanto*.

—A ver, amigos, quién de ustedes me explica eso de los *encantos?* — agregó el señorito.

—Pues ya lo verá, don Manuel: mamita Saturr˙ıa cuenta que los encantaos, ni comen, ni beben, ni duermen, ni se ponen viejos; que en los encantos viven personitas

muy diferentes y mujeres bonitas que, ¡ni qué comparación!

—Pues si esas lindas se parecen á Casilda, la de ña Silveria, en buena hora me encantaría para estar con ellas—propuso Melico en tono de guasa, divirtiéndose con la sencillez de los rústicos.

—Cuando yo me encantara!: prefiero estar en mis cosas, haciéndole la rueda á mi caroncilla de Piedá, que en estos enredos de brujas, duendes y encantaos.

—Un cangrejo, dos, corran! — vociferaron los otros compañeros, que se habían retirado á pescar más *barbudos*.

Con la mirada fija en el asiento de la cesta, aguardaron á que Nieves le echase la zarpa al crustáceo, por el resbaloso carapacho, librando así los dedos de sus tenazas.

Cuando regresaron, al caer de la tarde, Melico iba á horcajadas de Nieves.

Doña Carlota rióse, de ver á su retoño sobre el peón.

Tijo, que se hallaba cón Ofelia, le gritó:

—Cobardón! Parece increíble! Tuvieron que traerte alzado!

—Siempre te lo he dicho: de qué pié cojeo? De mi debilidad corporal. Y quién tiene la culpa? La educación física que me dieron en el colegio.

X

MELIS hizo muy buenas migas con el peón extranjero. Agradábale por su modo de ver las cosas tan particular, por la cultura relativa de un obrero que había leído periódicos, y viajado, cuando menos.

Cristianote y sano en sus costumbres, el joven era hijo de los Países Bajos, monárquicos y católicos, de la Bélgica, venido á Costa Rica dos años hacía. Trabajó algunos meses en una casa de San José, como alfarero, mas, su patrón acabó por abandonar la empresa y él vióse forzado á ganar el pan en ocupaciones más rudas. Vivía en

uno de los cuartitos de la hacienda, desde medio año atrás, y era un trabajador excelente. Ñor Pascual dábale el sustento y lo tenía á sus órdenes.

Conocía sobremanera las costumbres costarricenses; siempre de buen humor, con el saludable regocijo de sus veinticinco años, no avegetados ni por la intemperancia, ni por el tabaco. Aquella tarde se ocupaba en el riego y en quitar las malezas del jardín.

Melico concluyó de comer y tendiéndose sobre una era, entabló con él la conversación.

—Y le gusta Costa Rica?

—Mucho, es una tierra primorosa.

—Y el pueblo nuestro, qué le parece?

—Simpatizo mucho con su mansedumbre, su buena fé y su honradez.

—Qué tal van sus amores con Casilda, lo embroman mucho las muchachas?

--Sí, á estas burlas vivo expuesto de algunos meses á esta parte.

—Y usted la quiere?

—Yo le confieso que guardo por la joven

un cariño desinteresado, como el que se tiene por algo bonito.

—Ajá.

—Casilda es mujer muy singular, siendo esto, para mí, su principal mérito.

—Claro! Está muy por encima de sus conterráneas; éstas la miran con ojeriza por sus aires desenvueltos, que á mí se me antojan manifestaciones de un temperamento muy original, que la hipocresía de sus amigas, no es capaz de comprender.

—Es natural, estas gentes son muy necias. Yo tengo suficiente talento — aunque es feo decirlo — para apreciar, que si la moza me pone buena cara, es porque valgo mucho más que los campesinos que la rodean.

—Qué bueno! Así se habla!

—Por lo demás, como soy pobre, no lo fuera, no he pensado en pedir su mano, pues antepongo al amor de una mujer, el de mi patria.

—Bien, piensa usted regresar tan pronto como pueda.

A esto se debió que él, con admirable prudencia, no llamase la atención á Melico, sobre sus contínuos requiebros á Casilda. Varias ocasiones vió á ésta, recibiendo del señorito, una, dos, tres pesetas, como justa recompensa de sus sonrisas amables. Y no dijo nada: en el trecho de vida que contaba, había aprendido lo necesario, para distinguir que con riquezas él haría lo mismo. Disculpaba á Casilda, porque ésta era pobre, y el dinero servíale de mucho: sabía que en este mundo por la plata bailan todos. Y en Costa Rica, más que en cualquiera parte: uno de sus males salientes, es el mercantilismo abyecto en las cosas sociales y políticas, así en las clases bajas, como en las encumbradas.

XI

Los gallos con su kikirriquíii..., saludaron aquel día veraniego, que clareaba ya en el horizonte, pues el sol descubría por

sobre la cresta de la montaña,un haz de resplandores, como los de la aureola del viril; bajo las bóvedas de los árboles, resonaba el concierto rumoroso de las aves; de tiempo en tiempo, se desprendían del cerro bandadas de *chucuyos*, esparcidas en abanico y con su particular gritería.

En cuclillas, al pié de un *jocote*, estaba en espera de sus amigas, la moza Casilda, con el sombrero de paja airosamente puesto sobre la cabeza, la cotona estrechando el lujo de su torso; morados los cachetes por el frío que trasmina y acurrucadas las manos debajo del delantal. De acuerdo con ñor Pascual y Melico, se le había dicho la noche anterior, que á las seis estuviese en la hacienda y que se la pagaría á dos reales la *medida*.

¡Cuán de madrugada se puso en pié, soasó las hojas en las llamas del fogón y envolvió el almuerzo de frijoles, carne, *tortilla* y una limeta de café!

Diez minutos más tarde, acercóse una qne más bien se diría iba de paseo, tal era

su compostura, pero, ocultándose detrás de unas matas, sustituyó sus piezas por otras adecuadas al trabajo.

Vinieron luego dos grupos de muchachas, cantando una cuarteta popular que dice:

,'A fuerza de tantas fuerzas
me han quitado que te viera,
pero no habrá fuerza alguna
que me quite que te quiera,'' etc.;

saltando otras, como para sacar á los miembros de su encogimiento; de seguida otra oleada y otra...

Pasó después una vieja refunfuñona, que no saludó siquiera, apeó el canasto de un árbol y retiróse murmurando por entre las hileras de cafetos:

—Dianches las potrancas, tan mal dotrinadas y vagamundas...

En medio del alboroto de preguntas y respuestas, afirmaciones y negativas, gritos y regaños, oíase esta jerigonza, inteligible sólo para quien ha vivido en las haciendas:

—Ay! qué pelada (sin café) mi calle!

—Qué agobiadita la mía!

—Uff! qué ranchuda (de mucho ramaje) la que me toca!

—Qué manuable la que me dejaron! —observó Casilda.

Por entre un cafeto de hojas en rollo, asomaba la joven su rostro en óvalo, encerrado en aquel marco verdeoscuro; resaltaban sus pardos ojos, empapados en un licor de somnolencia lasciva y su nariz graciosamente respingada, con un quiebre bellísimo en el medio. ¡Superior hermosura la de Casilda, de torax ancho, pechos salientes y seguras las corvas!

Los mancebos han colgado las chaquetos y amarrádose fuertemente el canasto á la cintura; empiezan unos á tirar del granado barejón y otros á desgranar el fruto rojo.

Las niñitas, al pié de los cafetos, cogen con presteza las *bandolas* de grano henchido.

—No repele — zumbó enojada una mujerona, notando que su compañera íbase adelante, cogiendo los *mamones*.

—No tiene cuenta andar con chiquitos... gruñó otra, pues el rapazuelo que la ayuda, lejos de coger *bandolas*, se va á los *copetes*.

—Oh rancho!—exclamó aquella, doblando en vano la rama de un torcido cafeto, que estira sus barejones desnudos y como garfios.

En el extremo del cercado, se veían dos viejas, de las cuales, una sacó del seno la caja de fósforos y buscó por el pelo ó detrás de la oreja, la colilla del cigarro.

—Ya nos morimos de debilidá, patrón; ya dieron las nueve, despáchenos,— dijeron al señorito Manuel, por entonces con las perneras entre los anchos botines y con un sombrero de corcho; venía de andar por la hacienda, acompañado de Tijo, con las manos hacia atrás, silbando un trozo musical de la *Traviata*, alzando la vista á los cafetos cogidos, y poniendo grave el semblante, cuando se encontraba ramos tronchados ó advertía que los arbolitos quedarían faltos de su vestidura hojosa, para la cosecha venidera. Con el ruido de un caracol, se dió el avi-

so de retirada. Muchas, sin limpiar el café, ponían los canastos al tronco de las *guabas* y otras, cortando con los dedos hojas de plátano y tendiéndolas por el suelo, compartían felizmente sus almuerzos.

De estas últimas, era Casilda. Ambos mancebos quedáronse mirándola mucho rato; la conocían tan bien, érales tan simpática y gustábales tanto, que no pudieron menos de esparrancarse á alguna distancia.

—Qué guapa hembra! Mira, qué robustas formas! qué mujer tan superior! Y en qué piensas? Yo creo que si tú quisieras... — observó Tijo, en voz baja.

—Si, pero aguárdate. Hay más tiempo que vida.

—Huum! No te hagas el tímido, porque se pierde todo.

—Sí, lo sé, pero hay muchos días por delante. Pienso pedírsela á la madre, para que se vaya al servicio de mi casa.

—Hola! Estupenda idea! Ni un segundo vaciles! Está sin novio?

—Le echan un *machito*. Pero los mucha-

chos no la quieren, se burlan más bien de ella.

—Qué animales! Porque vale más que cualquiera de estas tontas.

—Oyes, Casilda?

—No. Qué? — interrogó la joven, roja como una ascua, sin atreverse á bajar un bocado.

—Que tú eres la más preciosa de aquí— habló Tijo.—Y verdad que no he mentido?

—Vaya! Si lo has dicho bien: la más linda del lugar.

Casilda, que gustaba de estos piropos, alzó á mirar á sus amigas, ruborizadas también su poquito.

—Quieren un *gallo* de frijoles, de algo? — dijo la moza.

—Gracias — respondieron ambos.

—Gracias sí? gracias no? Tomen: cómanlo sin asco, yo hice mi almuerzo.

Y como los mancebos sabían lo que las campesinas agradecen, cuando se les acepta lo que dan, cogieron un pedazo de carne, arrollado en una *tortilla*.

XII

HABÍA pasado la hora del bochorno: trecho insoportable del día, durante el cual siéntese por todas partes un calor capaz de hacer sudar á una imagen; en el que reina la calma, interrumpida por los ganados que braman de sed, por las cogedoras que piden el agua ó la naranja; en que dos beatas egoístas se cruzan, á hurtadillas, diálogos como éste: "Bebé, niñá, á la carrera, eso sí: de repente nos piden el calabazo de agua."—"Un cuerno! Pudiendo por qué no traen!" En que los pájaros se echan dormilones bajo las enramadas; en que las niñas agujerean el tallo de los *guineos* y chupan la savia que salta por la abertura; en que los niños mecen al nene en hamacas de frazadas y tendidas de tronco á tronco; en que las muchachas se reclinan perezosamente sobre los camellones, y las

preferidas de Melico, cuasi se marean, con los insinuantes requiebros que las prodiga.

Así mataba las horas diurnas aquel josefino holgazán. Otro tanto hacían Ofelia y Catalina, del brazo y empujando con los piés cualquier objeto.

—Vamos, Ofelia, vamos á molestar á las *conchitas;* míralas lo que se fijan en nosotras.

Y encaminándose, por bajo una hilera de cafetos, Catita preguntó á Piedad:

—Y cuándo nos comemos la torta?

—Pronto — contestó Piedad muy encendida; — cuando la Virgen quiera, todos los días le llevo *guarias* á su altar, para que me le depare plata á Nieves.

—Qué simpática! Verdad, Ofelia?

—De veras!

—Y cómo se porta Nieves? Tiene buen ojo, es muy galano.

—Muy bien, niña Ofelia. Yo nunca le acabaré de pagar los buenos servicios dél pa mí.

—Y usted, Casilda, cuándo se casa?

—Quién? Yo? Y á mí, quién me quiere? — repuso la joven, como engreída de su real hermosura.

—No diga eso. No falta quien lo haga. Sí, cásese pronto y me lleva de madrina.

—Bueno, niña Catalina, basta que usted me lo aconseje, para yo hacerlo. Y usted, niña Ofelia, de qué quiere ir?

—Pues si no le disgusta, sería la madrina del bautismo.

—De quién? — preguntó Casilda, con el rubor salido al rostro.

—Pues del retoño que venga. Qué más quiere...

—No sea tan mala... Hijo de Dios!

Esta distraída plática, era el manjar sabroso de las niñas, con el cual entretenían sus ocios y reíanse á la chita callando,de las cogedoras.

Las brisas, encontrándose á cada paso, como si jugasen un *quedó* por entre las matas, hacían más fresca la temperatura y las gentes se mostraban más despiertas.

Al principio corrióse densa neblina por

la loma, bien pronto se dejó venir un *pelillo de gato* rociando los árboles, luego una garua ligera y de seguida un chaparrón y viento.

El mandador, poniendo de cafeto á cafeto unas barillas y encima unas hojas, formó un *rancho* de improviso.

Algunas, con las faldas mojadas entre los muslos, fumaban el cigarrillo, y varias, cubiertas con sacos, fuéronse, corre que te alcanzo, hasta las casucas vecinas.

El chubasco siguió y el rancho, empujado por los Nortes, cayó.

Batían los *yigüirros* con regocijo ambas alitas, dejándose caer blandamente, para subir de nuevo á las hojas flexibles; se balanceaban modulando su pitío, como si quisiesen cautivar desde entonces, á la hembra de sus amores, en la cual sentían la necesidad de reproducirse; los cenzontles sorprendidos, se alzaban ondulando por el aire, alegres con el festín que se tenían sobre los racimos maduros. La lluvia concluyóse y los cafetos, por el viento mecidos, sacudieron de sus hojas las últimas gotas.

Querían las mozas dar una broma al *machito* cenceño, ojos grises, como los del gato, que requebraba á Casilda su tantico, no con el interés de un novio, pero sí con la buena voluntad de un devoto de la belleza. Casilda era de una altivez innata. Este ascendiente que ella se daba, constituía la pesadilla de sus adoradores vulgares. Muchacha del pueblo, hija de un ambiente grosero, Casilda tenía otros gustos y modales y siempre que se tratase de amores, decía:

—De casarme, no es así, por encima. No, de hacerlo es con un muchacho de San José, pero nunca con un *concho* de aquí.

Una se dispuso, pues, á cantar una cuarteta que le caía al belga, como anillo al dedo:

"No tenamores, mi niña,
de mosquito forastero,
porquén volviendo l'espalda,
si te vide no miacuerdo."

Celebrado esto con risas y miradas maliciosas, preguntó el *machito*, colorado como una pitahaya:

—Qué es eso de mosquito forastero?

—Mosquito... mosquito forastero, quiere decir uno de Allá Abajo, pos d'Iuropa, como usté — contestóle Piedad, la cual teníale más confianza y le miraba como á un pariente.

Rióse el *machito* y dijo:

—De veras, que es curiosa la ocurrencia.

En esto estaban, cuando ñor Pascual habló desde un extremo del callejón, que atravesaba la hacienda:

—Quien tenga caféee... que lo traigaaa...

Esta tarde es la del abono y deben retirarse más temprano que de costumbre.

Entre oscuro y claro todavía, escurrióse por entre los cafetos una mujer, aún joven, con el pecho hundido, con harapos, chamuscada la crencha, con un niño abotagado, ambos trasunto fiel de la miseria campesina: era la hermana de Casilda; rejuntaba palitos y chamarascas. De pronto, mirando hacia atrás, decía:

—En este cercado asustan y sale el *tulumuco*.

XIII

En los comienzos de abril, la familia josefina pensó regresar á San José. Hacíale falta ya, la atmósfera encumbrada y la vida galante de la capital. Angélica, el objeto de sus atenciones, había dado una gran vuelta, y sentíase, por entonces, muy remozada.

La noche, antevíspera de su partida, la señora fuése á ver al mandador, que se había retirado á su casita.

Piedad andaba por la iglesia, pues ya venían las confesiones y demás preparativos para la Semana Santa.

—Ñor Pascual, qué se ha hecho? — dijo la viuda.

—Por aquí, mi patrona, un poco cansado. Pase adelante — habló el viejo, encogido y soltando unos bostezos más largos que un trueno.

Ñor Pascual salió á la sala y limpiando con la diestra un taburete, se lo ofreció á su señora, para que lo ocupase.

—Ya me ve tan solo. Las muchachas se fueron pa la iglesia. El Padre las quiere pa que le barran. Al fin... servir á Tatica Dios como se pueda.

—Magnífico eso. El Curita parece muy simpático; no lo he tratado, pero me gusta por lo activo y amable.

—Aah, mi señora, si es la mesma bondá.

Mientras tanto, doña Carlota recorrió la vista por una sala que tanto había ojeado: fotografías casi borradas, santos, láminas de almacenes comerciales europeos y más chucherías, que el mal gusto campesino riega por mesas y paredes.

—Dígame ahora — siguió la dama, de muy coruscante abolengo, — cuánto le debo por los días que ha servido Piedad en mi casa?

—Nada, mi señora: si pudiéramos serle útiles en algo más, sería otra cosa; pero...

—Cómo que nada? Bonita gracia!

Con que me la pienso llevar para San José... y...

—Ah, doña Carlota, quién sabe? — respondíó el viejo, casi muerto y frío del susto.

—Sí, por unos meses apenas, mientras consigo otra: el servicio escasea mucho en la capital y es una molestia; me gustaría como *china;* es de conducta muy arreglada. A Angélica le encanta como le cuida las chicuelas.

—Pero... quién sabe si Piedá quiera... Yo por hacerle el favor, podría... — siguió el anciano, nervioso.

En qué apuro estaba! Arrancarle, así no más, á su nieta. Quién sabe...? Y no decía más, por ser la patrona, aunque sintiese la negativa rugiendo en su interior.

—Sí, Piedad se iría; yo le pregunté y ella lo dejó á su elección.

—Pero si es que... Si es que... de repente no vuelve, y qué hago?...

—Quién? Piedad?

—Sí... A la de Ambrosia le pasó... Se fué pa la ciudá... y adiós la muchacha! Una

ocasión vino y memorias muertas. Los muchachos la extrañaron, como que ya no les olía á la de antes.

—Qué ocurrencia! Já! já! Oh, ñor Pascual!

—La pura verdá, señora; á la *indina* la enredaron los oficiales, de los que enstruyen en melicia y se hizo *callejera.*

—Ya lo sé: esos vagabundos son capaces de mucho más, pero á Piedad no le pasará tal cosa. Yo misma se la mandaría todos los domingos.

—Pero — la iglesia! Si es hija de María! No puede faltar pa los días grandes.

—No importa! Se queda, y me la manda á principios de mayo.

No había escapatoria: todos los recursos se le agotaron y hubo de ceder al fin.

—Bueno, con esa condición, bueno. Eso sí, cuídemela bastante. Mire que así se han perdido muchas! Se hacen orgullosas, no se acuerdan de los parientes, y á la calle! Dios librara!...

—No se preocupe, no tenga pizca de cuidado. Con que cuento con ella, no?

—Sí, señora, Dios primero.

—Además, á Casilda la de Silveria me la llevo también; mañana irá Melico á conseguirla con la madre.

—Sii? Pues mejor; así la pasan bien: son las dos uña y carne.

—Cómo no? Verá que contentas vivirán!

Doña Carlota salió al patio.

Luego, volviéndose al anciano:

—Y las carretas para los trastos, ya listas?

—Sí, mi patrona—contestó airosamente.

XIV

—Ya ve? Se me marcha Piedá.

—Eso estaba oyendo — repuso el *mosquito*. Mucha falta me va á hacer.

—No lo diga, y á mí? Yo no pegaré los ojos, pensando en ella.

—Voy á la villa, nada se le ofrece.

—Sí, tráigame un diez de breva.

Salió el *mosco* á paso militar.

Con que se llevan á Casilda también? Ni qué dudarlo. La madre quiere mucho á don Melis; éste se despezuña por chuparse á Casilda; á la muchacha, bonita de suyo, le bailan los ojos por lucirse y por el dinero; diariamente se queja de lo que la rodea. No hay duda, se irá... El señorito es de mucho talento, de mucha maña, se muere junto con el Tijo, por las mujeres hermosas y hacen planes de campaña. Y, ó no me llamo Julio, ó el de llevarse á Casilda, es uno. A Piedad sí la necesitan y don Melis nunca la hace caso; es fea ella, pero á Casilda... esta si que no la bajo. Y yo? Me quedo á oscuras. Ahora, peor serán las burlas. No. Mejor les pruebo que no he tenido interés por ella, aunque... Y cómo? Yendo á avisar á la madre ó á Casilda lo que se piensa aquí. Claro, disimulo, me desquito y después... hacer como los demás: reirme de ella.

El *mosco* llegó á casa de ña Silveria,

quien, por entonces, ocupábase en remendar unas faldas que le había regalado la señora josefina.

—Hola! Bellita, cómo están por aquí? —entró diciendo el *macho*, con la chaqueta sobre el hombro izquierdo.

—Bien, pase adelante.

—Muy ocupada?

—Aquí, componiendo lo viejo, que guarda lo nuevo.

—Y la patrona se nos va. Lo sabía?

—No, y cuándo?

—Pasado mañana.

—Ah, Señor! Tan buena cristiana que es doña Carlota.

—Y se llevan á Piedad para su servicio.

—Cuál? La del mandador? Adiós, diablos!

—Sí, y á Casilda también.

—No mintás, niñó; acaso han venido á pedírmela·

—Ya llegarán.

—Qué espinilla, hijó! Las muchachas en San José, paran en callejeras.

—Así es, Bellita. La del señor Leandro, se la cogió un policía.

—Pero creo que no sucedería tal en la casa de la señora.

—Ah, no! Ahí es distinto. Esa señora no permitiría nunca. Si son muy de alta; ella es muy recogida, lo mismo que sus niñas. Qué cosa!: yo mandaría con toda confianza á Casilda.

La cual llegó á la sazón.

—Voy á dejarlos solitos — dijo ña Silveria, — de repente se me recuece el maíz.

—Julio! Qué tal!

—Lo mismo que siempre. Viendo como se nos va doña Carlota.

—Síii!...

—Y á usted se la llevan. Me alegro! — añadió irónicamente el belga.

—A míii!

—Claro! Allá hay cosas bonitas y no este barrio tan feo, estos *conchos*...

—Eeh! Acaso yo le he dicho nada? Y hoy por qué viene tan picante? Le dieron un...

—Picante? Si es la verdad, Casilda. Ahí sí hay muchachos, de San José...— Y recalcando más estas últimas palabras, pusiéronsele las orejas encarnadas.

—Bueno, pues mejor! Ojalá que sea cierto! Sí, qué lindo!

Hubo silencio. El mosco dijo adiós muy corrido y Casilda no desplegó siquiera los labios.

* * *

Descabalgando á la puerta, Melis, que venía de San José, metióse al interior de la casuca.

—Bellita, Bellita... una buena noticia. No le disgustará. Y Casilda?

—Ah, mi hijito! Qué decía? Casilda está dentro. Siéntese — habló la vieja.

—Voy de paso. Mire usted: mamá quiere que le dé á Casilda, para que le sirva *de adentro* en San José, como quien dice, para que limpie los pisos y arregle los dormitorios.

—Y su mamita por qué no vino?

—Muy atareada. Ya usted sabe, cómo la quieren los vecinos y es de recibir visitas.

—Yo tan mal portada, que no fuí...

—Ella está muy quejosa de usted. Con que, sí ó no?

—Veamos lo que diga Casilda. Hijá, andate.

—Quée? Aquí estoy — respondió, saliendo de la cocina.

—Te vas con doña Carlota?

—Si usté quiere...

—No, pues lo que digás.

—A mí me gusta...

—Y no había de gustarle! — continuó Melis. Ganar para la viejita! (palmoteando á ña Silveria.) Quiere un cigarro? Veinte pesos mensuales, darle de comer, vestirla y muchos regalos. Con mis hermanas va á pasar una vida de reina. Ya verá.

—Y de irse, cuándo?

—Cuando guste.

—Después de la Pascua, verdá?

—A principios de mayo. En esto queda-

mos, pues. Hasta la vista, ña Silveria. Casilda, en San José nos veremos.

—Y diay, no vuelve?

—No.

Subió Melis sobre su alazán, le hizo caracolear un poco y rompió á trote largo.

XV

Afuera, las lluvias que azotan los techos y producen un rumor agradable, que convida á dormir. Al calorcito de la lumbre, aletea el idilio rústico, sin más escenario que el comprendido en las cuatro negruzcas paredes de una cocina.

Nieves se encuentra recostado en un horno circular y no pierde visaje á su novia. Ella anda muy atareada y para ambos sazona un almuerzo, exquisito, como suyo.

—Mañana á estas horas, Piedá, qué hará usté en San José?

—Qué he de hacer? Pensar en lo que aquí dejo. Y usté?

—Acostarme oscureciendo, pa no sufrir tanto.

—Y usté quiere que me vaya? Verdá? Ahora ya no tiene quien lo regañe...

—No sea ruina, Piedades, si sigue me enojo...

—Sí, ahora pórtese bien, guarde dinero y cuando yo vuelva, con el casamiento me recibe. Deje el maldito *guaro*, y cuidado con hacer lo de la Noche Buena... se acuerda?

—Piedá... por Dios... Me voy entonces. Sí, he sido muy malo, muy borrachín, pero seguiré bueno; sí, sí

—Deje á esos perdidos y sólo estese con abuelo. El mucho lo quiere.

—Y si me voy con usté?

—No lo haga. Usté va á verme y yo vengo también. Ahora sí será un santico, verdá?

—Sí, Piedá, sí. Por esa luz que alumbra, que sí.

—Y entonces? No faltaba más!... Muchas candelas le prendí á la Virgen de los

Desamparados, para que me lo componga y me le dé plata.

Interin, la moza palmoteaba gallardamente las *tortillas* ó atendía á las que se doraban en el brasero, ó se iba á quebrar entre dos piedras el puñado de maíz, pudiendo entonces apreciarse de cerca el zangoloteo de sus carnes.

—Y quién me volverá á hacer mis almuerzos?

—Mi hermana. Ella le adora como yo.

—Pero no es lo mismo, Piedades; yo perdí á mi mama hace años, pero Dios quiso que usté fuera para mí otra madre.

—Y más lo cuidaré, apenas vuelva.

—No se esté mucho, oye? Si no le gusta, no se quede un momento. Aquí somos pobres, pero vivimos tranquilos, sin deberle lo que nos tragamos á nadie.

—Sí, yo vuelvo pronto. Es por salir del compromiso, nada más.

—Y mientras tanto, yo rejunto dinero y que me lo guarde ñor Pascual, y no hago zamarradas y...

Un vistazo de Piedad lo contuvo. Aquellos ojos, más negros que los cabellos de la Virgen, hablaron muy clarito. Cuajó una sonrisa en el semblante de ambos, más halagüeña que las promesas que acariciaban.

—A casarnos! Y con don Manuel de padrino! – dijo, muy sandunguera, Piedad.

—Tan requetebueno el señorito! Yo pensaba... pero él me aconsejó que más tarde. Que tuviera paciencia. Y mañana á qué horas?

—A las seis en punto. Paso por Casilda y á San José.

—Y nó voy?

—No. Este almuerzo se lo lleva p'al trabajo. Cómaselo á poquitos, porque ahora... quién sabe hasta cuándo le haré otro!

—Sea por Dios! Y es decir...

—Que no va? No. Aguárdese al domingo, pues yo vengo.

—Entonces...

—Hasta mañana. Yo lo he de ver, antes de irme.

—Y se lleva todo lo que le he dao?

—Sí, Nieves: la sortija, el pañuelo... Sí, todo se va conmigo.

—Bueno, pues...

—Hasta mañana... Duerma tranquilo. Y se va sin decirme que me vaya bien? Ah, hombrecito!

—Si como mañana... Esta noche... voy á pedirle á San Antonio.

—Sí; y que María Santísima nos proteja á los dos.

Nieves dando pasos atrás, hizo alto en el umbral. Tendió un vistazo de amor á su prometida.

La linda muchacha, de temple más seguro, emocionóse menos, y lo bañó deliciosamente en una de sus miradas húmedas. Por su carita de Pascua, pasaron muchas sonrisas, pregoneras de bienandanzas futuras.

XVI

RECLINADA en una de las jambas de la puerta, con los brazos cruzados, la Silveria despedíase aún de su hija, con la

mirada puesta muy lejos, en el recodo del camino.

Lanzó la infeliz madre un hondo suspiro al entrar y enjugándose con la gola de su camisa un par de lágrimas, grandotas como cuentas, exclamó:

—Bien dicen que la necesidad tiene cara de caballo.

Aquel lunes, los cafetos de los campos amanecieron ataviados de blanco y olorosos como altarcitos; los rayos casi oblicuos del sol, quebrábanse en la fresca alfombra de los prados y éstos emitían resplandores de plata.

En dirección de San José iban Piedad y Casilda, con las sayas respingadas, hasta el extremo de enseñar unas pantorrillas carnosas.

Ambas dejaron honda impresión en el ánimo de sus parientes y el vacío de la ausencia entre sus pocos amigos, una vez que las dos eran la enjundia de las hermosas del barrio. Aún revoloteaban por sus oídos las frases de despedida. Por los de Casilda, las de su madre que le dijo:

—María Santísima te acompañe; no me hagás sufrir: bien formal pa que te dejen venir.

Con sus piés blancos, en menudos pasos, las dos mozas columpiaban el cuerpo al andar, como una pareja de palomas que se retira de la tierruca, para ir á ver cosas nuevas en los techos de las casas urbanas.

—No creás, niñá, yo no me estaré mucho; cuándo' agüelito se muere de sólo pensar — decía Piedad, con un cigarrillo entre los labios.

Su vida cristiana, su amor al hogar, creció en ella sin alteración y por eso acariciaba el pensamiento de regresar muy pronto.

—Además, como soy hija de María, tengo que venir pa la fiesta de la Virgen. El Padre me dió muchos consejos, me recomendó que huyera de las malas juntas...

—Y Nieves?

—El pobrecito lloraba acuantá. Hasta afuera, á la calle, me vino á dejar.

—Pues á mí — habló Casilda, la cual sentía resurgir con muchos bríos sus aspira-

ciones latentes — quizás me guste. Ya sabés cuánto hombrecillo malo hay en la villa y me asusto cuando me acuerdo, que si harán conmigo algún día lo que con Filomena! Ahí no hay oficios, sólo ser lavandera y es un trabajo que con nada lo pagan. A mí nadie me dió consejos, porque nadie me quiere; falta no les haré. El *macho* sólo para *trapearme* servía. Ni soy hija de María, ni soy nada. Bien recordarás que no me admitieron entre ustedes, por lo que dijo aquella vieja alcahueta...

—Jesús, oh mujer mala.

—En casa, con lo que ganen mama y Filomena, viven; tienen ahora una boca menos y es la mía.

Piedad se acordó de su Nieves, pensó muchísimo en él y en su casamiento. Veía éste muy lejano, pero no desesperaba. De su novio pasó á verse una sortija de Puntarenas, que le había regalado Nieves y que llevaba en el dedo del corazón; luego los zarcillos que pendían de las orejas, el rebozo que abrigaba su busto, y la pei-

neta que domaba la onda alborotada de su pelo.

Aquellas hijas del campo, buenas conterráneas, que habíanse querido mucho en el curso de los años, entraron, pues, á la capital, cada una con su envoltorio colgando del brazo.

La fortuna abríales sus cortinas, para darles á ver un mundo que se habían imaginado apenas.

Entonces, el reloj del Carmen, marcó las siete de la mañana.

XVII

El señorito Manuel, así que hubo comido, salió, como era su costumbre todas las tardes, á formar corrillo con sus camaradas, en la Botica Americana, y observar la salida de los concurridos rosarios de mayo en el Carmen.

—Hola, querido! Y qué tal de temporada? Tu familia llegó bien? — preguntó efu-

sivamente Pajarón, un prójimo de esos que sólo arraigan en la aristocracia, con amagos de poeta, muy chistoso, el hazme-reír de las muchachas, que hacía el milagro de estar sin un centavo en el bolsillo, no obstante darse la gran vida, beber y pasear como el que más.

—Feliz encuentro, poeta! Y qué has hecho?

—Darme vida formal, *y diay?* En el verano, me iba los sábados en el tren de las cinco, con algún *pollo* que partía para alguna hacienda ó para provincia. Quién, diablos se quedaba en San José, por entonces, calurosa y polvorienta, con muy poco tragín, con las tiendas desanimadas, sin más ruido que el que metían los dependientes, silbando detrás de los mostradores? El pobre Pajarón, enfermo y triste, porque le faltaba la temperatura que le da la vida, sin esas resaladas y lindas muchachas. Velas, Melico, velas.

—Eso hago. Si son mi delicia.

—Olé! Viva la gracia! Viva el salero!

Vivan las gentiles *pollas* josefinas, que entran al sacro recinto, con el desparpajo con que van á un baile ó al teatro.

—Que vivan! Observa: qué coqueteos y qué garbo!

En esto llegó un tercer *pollo*, muy empaquetado en su cuello y pechera almidonados, disimulando un poco el estorbo de tirantes y ligaduras.

—Helo ahí. Siempre galano!—habló Pajarón.

—Y Melis, de nuevo entre nosotros — dijo. — Caramba! ya tienes tus días de andar perdido.

—Calla, anduvo repastándose.

—Sí, me enterré en la hacienda.

—Pero qué repuesto vienes!

En efecto, Melis sentíase muy lleno de salud, tan alegre con su vida mejor arreglada y habíansele caído los barros del rostro.

—Pues yo, ni sé qué decir — habló Pajarón. — San José presenta, para mí, un aspecto más animado, se advierte de nuevo el bullicio de los que regresan de veranear.

Ahora, sólo falta una temporada de teatro, para que seamos felices: á propósito, viene á mediados de junio una zarzuela española!

—Quita con eso — dijo Melis, haciendo un mohín. — A mí, denme ópera, denme música buena y no *petipiezas* callejeras.

—No seas bobo. Si el *género chico* es muy de nuestro público, todos se mueren por él y...

—Basta de discusión — interrumpió el poeta. — Déjense de cuentos: dennos bailarinas bien olientes, que entonen el himno de la carne, dennos actrices donairosas, dennos coristas de rompe y rasga, y santas pascuas! Y si no les gusta, bien. Si viene ó no zarzuela ú ópera, ya italiana, ya francesa, es lo cierto, que para divertirnos no se necesita gran cosa.

—Claro, ahí quedan los billares, las cantinas menores.

—Y de *primo cartello*, los hoteles, los gallos, los bailes...

—Y sobre todo, nuestras lindas mujeres

— siguió Pajarón. Esas que constituyen nuestro paraíso aquí en la tierra, esas...

—Se inspiró, ni lo duden.

—...Esas remonas *pollitas*, para las cuales Pajarón tiene las más bellas expresiones.

—Bravo! bravo!... — dijeron, á la sazón, varios mancebos.

XVIII

Doña Carlota y sus hijas fuéronse, por la noche, á hacer visitas y sólo quedaban en la casa la vieja cocinera, dormida casi en el quicio de la puerta, y las dos mozas de San Antonio.

Era el primer día de encontrarse ambas en San José.

Piedad estaba inconsolable, entre las cuatro empapeladas paredes del cuartito que las fijaron como dormitorio: sin nada que oliese al nativo solar, con el seso sorbido por los recuerdos de la aldea, los paseos

á los potreros, las agrupaciones de las amigas en la acequia de la casa, y esos mil detalles humanos, que constituyen la novela de los años primeros.

Había saboreado los bizcochillos que su hermana le dió antes de venirse, desatado minuciosamente el lío que trajo á los cuadriles, tendido la roja manta, con pringues, sobre la tijereta y colgado las faldas de un clavo.

De cuando en cuando aguzaba el oído, para distinguir si las niñas de Angélica lloriqueaban: eran tan consentidas, parecían de azúcar, por cualquier descuido alzaban el grito!

Por lo que hacía á Casilda, menos impresiones experimentó: el señorito, á quien ella supuso estaría muy orgulloso, hablola tan cariñosamente!... doña Carlota estuvo tan amable!: apenas llegó písola al tanto de sus obligaciones, la llevó á un jardín primorosamente cultivado y le recomendó que le recogiese flores de diario; indicole cuáles eran los dormitorios, la sala, el cuarto de

Melico y su pieza, en la cual se encontraba acompañando á Piedad.

En ésta marcáronse pronto las inclinaciones: departió muy amigablemente con la cocinera, la cual recibiola con buenos ojos, sin refunfuñar, como acontece con esas mujeres que cuentan mucho tiempo de servicio. Con la que sí no comulgaría muy presto, era con Casilda; en su concepto, Piedad tenía una conducta muy recomendable y la otra no, se le antojaba medio pizpireta. Casilda, á su vez, no nació para ceremoniar viejas y sus aficiones tendían á un algo mejor: su oficio púsola muy en contacto con Catalina y Ofelia. Estas, desde que la conocieron en la hacienda, estaban en camino de apreciarla mucho, de ponerla al tanto de sus cosas, de contarle sus secretos é intimar con ella. Costumbre muy arraigada y democrática de las jóvenes encopetadas, y también de no pocas consecuencias.

XIX

PARA las criadas, los cinco días siguientes, fueron un remedo del primero: á Piedad, más le gustaba charlar con la cocinera, hacer con ella recuerdos de la Semana Santa, de su Nieves, de las sayas que estrenó, de las *guarias* que tenía sembradas, y de otras muchas simplezas que se le antojaban á la moza de un encanto inexplicable, al fin, como que eran suyas y habíalas querido mucho. Antes de rayar el sol, poníase en pié y extrañaba la poca vida de aquellos alrededores, sin el silbido de los *yigüirros*, el revoloteo, la algazara de las aves campestres y sin todo lo que da animación á las escenas del terruño.

Aquel sábado amaneció oscuro, de mal cariz y San José, cobijado por las brumas, que apenas dejaban ver la mole confusa de los edificios; afuera, oíase el ruido de las lo-

comotoras en la Estación y el de las carretas, de provisiones cargadas.

Alguien llamó á la puerta de la casa, sita á poco del Jardín de Morazán.

Piedad corrió á levantar la aldaba del portón y oh alegría!, cuando se halló cogida, de manos á boca, con su Nieves.

—Dichosos ojos que lo ven! Qué tal, usté, Nieves? Y por allá, cómo están todos? Cuénteme de agüelito.

—Yo, sufriendo mucho con su venida; estas ojeras lo están diciendo muy clarito, si no duermo casi.

—Sea por Dios, Nieves. Otro tanto me pasa. Si usted viera, aquí tan feo sin río, ni cercado, ni nada. Si ya me dan ganillas de irme!

—Pues no lo piense mucho y váyase.

Aquel rústico, hecho un leñador, á tales horas, sobre las espaldas una chaqueta de jerga y bajo una llovizna capaz de calarse hasta los huesos, sí tenía olor del terrón, de leña seca. Con aquel semblante que ponía Piedad, las pupilas inquietas, los pechos en

movimiento, hubiérase apreciado, cuánto vale en el amor el sentido del olfato!

La leña constituía uno de los productos que Nieves sacaba á sus cercados. Tenía sus contratos y á la sazón, habíala puesto, en montoncitos, de viuienda en vivienda, porque sus parroquianos, aun no se despertaban. Eran muy buenos, dábanle siempre café cuando recogía el dinero, y él, en recompensa, traíales un racimo de plátanos ó chilacayotes.

—Y á qué hora salió?

—Aclarandito: se ha puesto malo el tiempo.

—Y qué tal el *mosquito?* Cuánto le molesté yo! Se acuerda mucho de Casilda?

—Ni la mienta, es un hombre muy extraño. Si habla de ella, es diciendo que Casilda se volverá mala aquí.

—Adió; que no sea hablador, dígale. Lo que son los hombres! No... siempre lo he dicho... Pa las fiestas seguro me dejan ir. Mañana voy.

—Ojalá! Yo le pediré á Dios pa que no se arrepienta. Hasta el otro sábado.

—Bueno, Nieves, que el Angel de la Guarda me lo acompañe. Cuídese mucho. Memorias á toditos. Ay! no; si me dan unas tentaciones de irme con usté... Pero, qué se ha de hacer? Algún día, verdá, Nieves?

—Así es, Piedades, algún día!

Un abrazo de hermanos, fué la despedida.

XX

Un mes de servicio, para una criada que viene del campo, es interminable y aburrido. Así lo conceptuó Piedad.

Esta, obedeciendo las órdenes de Angélica, sacaba matutinamente, después de arreglarlas como se debía, á las dos niñas. Al principio, no salió de las aceras vecinas, fuése luego llegando hasta los jardines de Morazán; los cuales se presentan muy animados en las mañanitas de luz, pues una turba infantil juguetea por sus callejuelas y

troncha flores; vense chicas haciendo de madres formales, con sus muñecas en el regazo y muy repantigadas en sus mecedoras; vense taburetes tirados por el suelo, gorras por aquí, caballos de madera por allá.

Aumentó Piedad, con los días, su círculo de acción y pronto hizo ameno lugar de sus paseos, el Jardín Central, tan bullicioso y sombreado por los higuerones corpulentos. ¡Mañanas rumorosas las de mayo y junio!: las *viudas*, por el ramaje de los árboles, gorjeando desordenadamente, el *comemaíz*, desde el cono de un ciprés, con su monótono y triste canto, que parece decir: *Cristó... nacióoo*, los *pecho-amarillos*, subiendo como flechas hacia arriba, para dejarse caer sobre la horquilla de una rama.

En este Jardín, Piedad comenzó á trabar amistades con criadillas, que ejercieron decididamente harta influencia en su modo de ser. Al principio, sus presuntas compañeras hacíanle visajes — quizá de invitación á la amistad — y ella interpretábalos como burlas; acercábansele — talvez con el objeto

de convidarla para que las siguiese, y Piedad huíales, atemorizada en cierto modo.

Presto familiarizóse con aquel ambiente y pudo entrar de lleno en el círculo de las criadas. Supo enseguida los portes tan feos y arrastrados de éstas, lo vulgar de sus sentimientos; contáronle el modo de ser privado de sus amas respectivas, de lo que hacíase en sus servicios, de las rencillas groseras que hay entre las sirvientes, de sus amores vulgares y de sus aspiraciones sucias. A Piedad se le metieron ya los deseos de tener un lujoso carrito, en que pasear á la párvula y miraba, con su granillo de envidia, á aquellas negras ariscas: unas, con un pañuelo de colores en la cabeza, á modo de turbante, otras, con su sombrero de paja, tan limpiamente vestidas, con sus delantales de distintos retazos, con sus pantuflas sobre las medias blancas.

Una mañana, mientras la chicuela hacía diabluras por las eras, una amiga de Piedad, decíale:

—Ves aquella que va por la Botica Francesa?

—Sí.

—Fijate cómo anda, lo recio que taconea, usa chinelas amarillas y se compone mucho.

—Y qué hay?

—Pues tiene una historia muy conocida. Escuchala.

Por lo que contó la sirvienta, resultaba que la tal pindonga, era de *Las Pavas.*

Dejó á su familia, por huír de los apetitos lujuriosos de un su padrastro, humanidad rechoncha y concupiscente. Fastidiado de la madre, quería vivir con la hija en concubinato inmundo, carcoma que consume á la clase baja. Pero la moza, de un natural levantisco, no lo aceptó ni un momento. Esta corrupción, consecuencia de la ignorancia en que vive el pueblo, es una de las más grandes calamidades, por extremo palpable, pues se conoce el caso de padres que violaron á sus hijas, hermanos que han hecho madres á sus hermanas, cocheros que

han desflorado niñas, y papás que dan una hija por la escritura de una casa, más docientos pesos en dinero: vicios que hacen estragos en las adolescentes y en las casadas, para no hablar de los infelices que se desarrollan como brutos, en regiones apartadas del país, sin freno religioso ni social, sin una chispa de inteligencia, enfangados en la podredumbre.

La consabida mozuela, sin apuntes de fealdad, entróse á servir en uno de los tantos ventorrillos de la capital, que abren sus puertas al hatajo hambriento, hediondo, pobre, al soldado novicio, que encuentra en tales sitios los primeros componentes de su desmoralización, al campesino sencillo, á los que apenas pueden proporcionarse, como alimento, un mal café y un mendrugo; á esa humanidad enfermiza, viciosa y mal trajeada.

En tales condiciones, empezóla á conquistar un sargento barbilindo, con el mostacho engomado, muy oloroso con sus afeites, y con sus ribetes de haragán.

¡Se paga tanto la mujer de los galones, de una charretera vistosa, de una correa que brilla, de una espada que suene! ¡Gústale tanto este aparato del militarismo triunfante!

Como era de esperarse, la sirvienta quedóse lela con las soflamas de tal individuo: aguardó unos días y echóse en sus brazos.

Aquella mañana, á la hora del almuerzo, Piedad, de regreso con las niñas, llevaba fija, como en cera, el perfil de la mozuela de *Las Pavas*, tan desenvuelta é impúdica; y con ella, acordóse de la nube de sargentos que veía por las calles, y entre la cual, crecía el desvergonzado que la prostituyó.

XXI

Hacia otro camino torcía Casilda sus gustos. Cuando Piedad, con sus asomos de admiración, la hubo contado la historia de marras, ella hizo un gesto despectivo y le contestó:

—Me repugnan tanto esos oficialillos pretenciosos! Ni me hablés de ellos!

¡Sonábanle tan mal los andariegos soldados, que apestan á café molido, que llevan almuerzos á los cuarteles y panes metidos en el cuello de las limetas!

Ella no iba á la calle, si no era en compañía de las niñas. Levantábase tarde y su ocupación influía mucho en este regalo. Apenas sus amas salían de los dormitorios — por ahí de las ocho — Casilda, fresca y lavadita, comenzaba su tarea cotidiana: arreglar bien los lechos de doña Carlota y de sus hijas, abrir las vidrieras, para que entrase el aire del jardín, apartar las pesadonas cortinas de yuste y replegarlas sobre sus alzapaños; con un trapo sacudía el juego de sillas de Viena, la consola, el piano, los tocadores, y renovaba los nardos y azucenas en sus jarrones y floreros de cristal azul-pálido. Diariamente lavaba el umbral marmoreo de la puerta y los felpudos de alambre y, cuando podía, limpiaba con tiza en agua las vidrieras: ocupación que le cho-

caba, si la hacía en las de la calle, porque cualquier abejorro, creíase con derecho de prodigarle dulces requiebros.

Por un estrecho y alfombrado pasillo, entraban los propios y extraños á las habitaciones interiores; el pavimento del zaguán, era de mosaico y de los cielos pendían lámparas incandecentes. Darles lustre con cera á los pisos de la sala y las alcobas, una vez por semana.

Con la primera, pronto concluía, porque era muy chiquita; conocía todos sus adornos: platos ahumados, magníficos retratos de los progenitores de la familia; figuras de porcelana y en relieve, un álbum lujoso de fotografías; desempolvaba dos pieles de venado que hacían de alfombras, una de tigre que estaba al pié de una otomana y cuidaba mucho de las orquídeas en sus maceteros.

Casilda no tenía la timidez innata en otras sirvientes, que no tocaban un objeto y si se atrevían á mirarlo era por curiosidad instintiva; al contrario, con el despar-

pajo mayor, mecíase en las poltronas de resortes, y muy á su gusto, como si ahí sentada, en medio de aquel ajuar aristocrático, estuviese la realización de alguno de sus sueños.

Más fatigas proporcionábale el lustre de los dormitorios. Alegando que, tirada de bruces, ensuciábase mucho, Casilda comenzó á dar expansión á sus deseos, poniéndose las faldas viejas de Catalina, las cotonas de Ofelia: caíanle tan bien! Ella mirábase de cuerpo entero en los valiosos espejos, clavados en las paredes, reíase con satisfacción interior, como convencida de que era hermosa, limpiábase con la uña la basurilla que tuviese en los dientes, iguales y blanquísimos, apesar de descuidarlos.

Poníase las medias negras y zapatillas de las señoritas y cogía un andar apetitoso. Estas monadas hízolas primero á hurtadillas de las jóvenes y de doña Carlota, después delante de las primeras, que celebraron los gustos de Casilda, ofreciéronla calzar muy pronto y regalarla vestidos.

Aquella ocasión, la señora y sus hija salieron á dar un paseo en carruaje por la Sabana.

Melico, en almilla y con los pantalones flojos, salió de su pieza. Las nueve serían.

Casilda, delante de la luna hermosísima de un espejo, se contemplaba con la cotona despechugada, cuando la sorprendió Manuel y la dijo:

—Si, muy linda, un pedazo de cielo, — al mismo tiempo que le daba un pellizquito en el nacimiento de la nuca.

—Hum! de veras? — repuso la joven, con la cabeza baja y ruborizada.

—Si, pero más bella te verías en la casa que te daré, cuando tú lo quieras. Mejores que este espejo serán los tuyos. Te gusta el tocador de las muchachas? Pues más primoroso te lo compraré. El lecho de Ofelia te agrada? Pues muy superior sería el tuyo. Las otomanas te gustan? Pues las tuyas serán más lujosas. Lo que quieras, á tu elección está. Hay nada más atractivo que vivir en casa propia, con un rico mobi-

liario, reina en todo? Pues eso tendrás el momento que resuelvas hacerte mía. Es promesa que desde San Antonio mantengo en pié y que he de cumplir cuando quieras...

—Sí... pero ni me lo proponga, después usté me abandona y qué hago yo, solita en el mundo?

—Ni lo pienses por un momento; para qué estoy entonces? No me crées capaz de un acto generoso?

—Sí, pero, perder lo mejor que se tiene. Dios me libre! Me parece que haciendo lo que usté dice, ya nadie me querría y usté mismo...

—Te aborrecería? Nunca, Casilda, nunca. No he tenido siempre deferencias particulares para contigo?

—Sí, ya lo creo. Si uno más bueno que usté no hay. Pero... estar desgraciada? Imposible!

—Vaya, todavía estás muy candorosa; quédate, pues, con tu manjar. Yo no le ruego á nadie.

Melico hizo un envite á salir, sin mirarla

siquiera; en la puerta de la alcoba se detuvo y volviendo hacia atrás, cogió á Casilda de la barbilla, la besó en la boca y se fué. Casilda no hizo un ademán siquiera; le había hecho tantas negativas que supuso íbase á enojar el señorito. Por esto, concedióle aquellas caricias.

XXII

Los caballitos fueron en mejores días, una diversión sosa y ridícula, muy gustada de las bellas y aristocráticas *pollas* josefinas y de los no menos alegres *pollos*. Ahora han pasado al dominio de la vulgaridad y á ellos concurren las sirvientes, los granujas y las mozas del partido.

Piedad, tan luego como terminaba la tarde, íbase á los caballitos, eran muy de su gusto y en ellos pasaba sus deliciosos ratos.

Entreteníase, con sus amigas, en conversar de asuntos que interesaban á su novi-

ciado. Aquella noche, sentáronse en un terraplén que había á distancia corta y supo por una prójima tarasca y picotera, otra historia no menos triste que la anterior.

La criada traía en el cuerpo, la frescura del clima de su pueblo natal, de San Isidro. Días antes murió su abuelo, á quien habíase encargado de cuidar, como nieta agradecida. No le quedó más en quien fijar sus miradas que en su novio, un mancebo caballerizo y de buena estampa; éste incitóla para que se viniese á la capital, adonde un acomodo, no se le dificultaría.

Así las cosas, la joven, sin parientes, y sin más papel que jugar en su pueblo, marchóse para San José, satisfaciendo con esto las indicaciones del novio.

Era éste un halcón de buena pluma y no tardó en clavarle las uñas á la tímida paloma.

Desorganizada en gran parte por el aire corrupto, y no menos por sus estremecimientos amorosos, la muchacha cayó seducida en un chiribitil asqueroso, — antesala

de prostitución, de una de las varias viejas trotaconventos, que hacen en San José estragos inconcebibles, entre las niñas de la plebe, de una Celestina infernal, cuasi bruja, que por arte de birlibirloque, echóle la zarpa á la mozuela, trájola á su tabuco y como maniatada la entregó — mediante una propina — al seductor.

Como ella misma contó, en las semanas primeras de su irreparable pecado, sentía en el ánimo y en el corazón, una horrible angustia, como que perdió la mitad de sus ilusiones, cuando no de su vida. Su fondo de honestidad reclamaba su puesto, y una perpetua lucha entablóse en todo su sér.

Por un lado, el deseo de volver á la honradez, por otro, lo imposible de esta aspiración, porque quien la perdió volvíale las espaldas, y ella, á su vez, çobróle odio entrañable. Aquel infame, era el cómplice d su debilidad y en su honda amargura le serían para siempre aborrecibles, la hora, el día, el camastro, la casa, *las Bartolas* ó *las*

Bebedizos, la calle y cuanto formó parte en sus impresiones de un minuto.

Colocada en la pendiente, aquella coima no quiso que la conceptuasen como tal, pensaba en un hombre bueno, santo, que la diese su apoyo, que la reparase en mucho de su pérdida.

No se acercó el tal, pero sí uno que la corrompió de veras, uno que lavó su granito de moral que poseía, uno que la hizo bajar muchos grados en la escala del pudor, un sátiro negro que la enseñó á hacer de la voluptuosidad un arte, que la instaló en burdel lujoso y díjole luego:

—Ahora sí, ya me fastidias; abre las puertas á quien te solicite.

Y esta narración embobó, por el momento, á Piedad, mas la dejó después en su corazón, muchas impresiones y el aguijón de la curiosidad innata, que la llevaba á otros mundos, como la palomilla al fuego. A su alrededor, mucho ruido, la algarabía de los chiquillos, los pitazos de la máquina, el aire atabacado, el dar vueltas del *carroussel*,

las pelanduscas sentadas en los corceles de madera, sintiendo un lujurioso placer, aquellos aires de música, sensualistas por extremo, que tocaban directamente á los sentidos.

Y Piedad, ya en la casa, con el recuerdo de esa degradante diversión de los caballitos, con el de muchas amigas, que por un rato de volteretas, agitación y alegría, entregaban el primor de las formas, á la turba de gavilanes que las perseguían, acostóse, casi mareada, y ya en el lecho, acordóse de Nieves, mas no como de costumbre, casta y blancamente.

XXIII

Sí... la cosecha de los frijoles invernizos... buena, cuando Dios quiere... pero... aquella luna nueva, muy echada hacia la izquierda, suspendida en un cielo bajo y turbio, con un arco cenizo á su alrededor,

presagiaba los temporales... y más tarde el cordonazo de San Francisco, que sería un mundo de agua, seguramente. Era la verdad, en agosto, setiembre y octubre, los trabajos escaseaban. Algo más pensaba aquella última noche de julio, el mancebo Nieves, encajado en el timón de una carreta, con el codo fijo en la rodilla y la cara sobre la mano zurda.

Cinco meses contaba su Piedad de vivir en San José: muchos sábados había cruzado con ella inolvidables promesas; le desesperaba, hasta llorar, el no reunir nunca lo necesario para el casamiento, y temía que Piedad le abandonase. Bien es cierto, que don Canito, por indicaciones de él, enviaba á la chica amatorias cartas, y las tortilleras, de tarde en tarde, traíanle halagadores recados. De estos últimos, muchos días, iban sin recibirlos. En balde era todo: Nieves quería vigilarla, atizar la hoguera de la pasión.

Antes de acostarse, ñor Pascual se le acercó, preguntándole:

—Por qué tan triste, Nieves?

—Por Piedá, ñor Pascual. Mañana me voy.

—Pa onde? Estás loco?

—P'al cuartel. Yo no puedo vivir así... Ya nada me gusta.

—Mirá, Nieves, es un lugar muy requetemalo. Con la isperencia de un viejo te lo digo. Acordate de aquel cristiano, que vino una noche de Santa María de Dota, á comprar medecinas, pa la madre, que agonizaba. Lo cogieron unos cabos, y á la ciudá. Después supimos que se fué poniendo triste, muy triste, sin comer, con abejón en el buche, hasta que se murió.

—Aah! Qué gracia! A ese le pasó lo que al *zetillero chúcaro* en la jaula, que se muere de cólera ó de tristeza... pero á mí? Si yo voy por gusto.

—Acordate de Melesio, tan buen marido siempre, un ángel con su mujer y con sus hijos: trabajador inmejorable. Se lo llevaron al cuartel, porque un policial le tenía tema, y Melesio, una vez allá, se hizo bebe-

dor; cuando volvió le pegaba á la esposa, no la mantenía y le arrimó un hijo, con llaguitas en todo el cuerpo. La mujer paró en difunta, por la mala vida que le dió Melesio; éste se hizo mujeriego y parecía el mesmo demonio. Pensalo, pues.

—Pero yo no he de hacer tal cosa. Yo seré como siempre.

—No, Nieves. Si me intereso, es porque te quiero, como á un hijo.

—Gracias, ñor Pascual.

—Díme con quien andas y te diré quien eres. Los de la melicia, son muy salidos, y vos, viéndolos, te harías lo mismo.

—Yo me voy. Qué importa! Los solares que se queden á su cargo.

—No, hijo, no. Yo estoy muy enfermo. Haceme caso. Piedá viene pronto. Son tres meses apenas.

—Suceda lo que suceda, yo me voy.

—No te digo más. Después, me parecerá oirte: "Ah! por qué no le hice caso á ñor Pascual?

Sin más ni más, por la mañana, echóse

Nieves á las espaldas un par de alforjas, en las cuales tenía su cobija, atóse al cuello la *medida* de San Rafael, con la cual habíase conseguido una muchacha tan guapetona, como la que le tenía loco; despidióse buenamente de sus amigos, y entró al cuartel, como recluta simple, asegurando así, un peso diario.

XXIV

La llegada de Nieves fué, para Piedad, un acontecimiento muy propicio, que satisfaría ciertos propósitos que acariciaba. Las historietas de campesinas hechas prostitutas en pocos meses, las expresiones toscas y malignas de las que se decían sus amigas, acabaron con los puros sentimientos de Piedad, la despojaron de su virginidad de corazón y la hicieron concebir muchas cosas temerarias. Ya no era la misma de antes; el fumado, en otros días su vicio prudente, rayaba ahora, en exageración.

Su boquita, acostumbrada á decir palabras honestas, soltaba unas, grandotas como la Catedral.

Ya tendría hombre! Ya no le harían burla sus camaradas! Era prójimo de cuartel, como ellas lo apetecían!

Con tal corrupción, increíble en Piedad, pero sí muy marcada y como fiel testimonio, de cuanto puede influir en un organismo el aire viciado, encontróse Nieves la tarde segunda de su estadía en la capital.

Pocos eran los alcances de Nieves, pero no tan pobres, que no llegase á comprender, que Piedad no era ya muy católica, que tenía ciertos remilgos y portes, propios de ese mundo infeliz de las criadas.

Suya era la carga y hubo de seguir adelante.

XXV

Si la vida de cuartel, como todas las vidas que se hacen en común, no corrompiera al individuo, clarito está que Nie-

ves, habría echado al diablo á Piedad. Pero como se le fué un mes volando, y vino el otro, como veía campañas amorosas deshonestas, ardides criminales que inventaban sus iguales y superiores, para arrojar á la charca de la prostitución, á las hijas de la plebe, como escuchó las escenas pornográficas de sus amigos, los inmundos propósitos de sus jefes, la charla constante sobre mujeres conquistadas y por conquistar; como palpó lo que se decía y practicaba; como pudo observar la malicia prematura de los aprendices, los cuales podían ser maestros suyos en corrupción; como á él mismo se le tomó de alcahuete indigno, y de correo ambulante, es natural que pronto se familiarizase con las desenvolturas, antes inusitadas, de Piedad, la cual, en materia de corrupción, llevábale su trecho adelante, como que contaba más meses de vivir en la capital.

Nieves, por de pronto, necesitó hacer lo mismo que observaba de diario: irse á casas de mala ley. Perdió su corazón de niño,

hízose un malicioso puerco, borró su voluntad y la buena fé que abrigaba, con respecto de su matrimonio con Piedad; olvidó su respeto para con ésta, echóla el brazo y por las noches encaminábase á la Avenida de las Damas...

Por qué no hacerlo así? Lo sabría acaso ñor Pascual? En San José, para eso había libertad y no se andaba en la estrechez del barrio — suficiente para Nieves en otros tiempos — pero que ahora, viéndola de lejos y con ojos de libertino, parecíale inaceptable.

Sentábanse ambos, en uno de los poyos, no para dar salida á las purísimas emanaciones amorosas de días atrás — las cuales habíanse anulado por completo, — sino para entregarse á besuqueos lujuriosos, á profanaciones increíbles, no del lugar, sino de los recuerdos de las pasadas escenas del terruño.

Otras tantas y talvez más libertinas, eran las caricias temblorosas de muchos semejantes, regados por la calle larga de la

Estación, cada uno con su concubina — hecha suya por medios indecentes, — á los ojos mismos de los transeuntes.

Qué le importaba á Nieves que lo viesen los pasajeros, que hubiese luz eléctrica ó no?

Le consolaba, que idéntica cosa hacían sus superiores, saliendo por las nueve de la noche, como los gatos, con alguna obrera ó criada, por los andurriales de la ciudad.

XXVI

En unas casillas, á modo de anaqueles, vivía muy oronda una docena de gallos bastante finos.

Ñor Pascual, matutinamente limpiaba los departamentos respectivos y en cazolejas de barro, ponía á los animales, el agua, la ración de trigo ó de maíz quebrado y de tarde en tarde, huevos duros; frotábalos con Agua de Florida y romero, y curábales los espolones con ajo y sebo. De los gallos,

ocho eran propiedad del señorito y los restantes pertenecían á ñor Pascual.

Aquella ocasión, el mandador teníalos, como es costumbre, en fila y amarrados, para que se calentasen los huesos, á unas estacas. Animada era la actitud de las aves: había un *pluma angosta*, canillas blancas y espolón recortado, que buscaba cualquier pajilla ó un mosco y tenía con esto para llamar locamente á las gallinas, á las cuales acariciaba con la cabeza; un *malatoba*, reconocida navaja, se revolcaba, muy á su gusto, en un montón de polvo; un *melcocho*, de carácter bravío, ruidosamente batía los alones, como invitando á la pelea, á un infeliz *champulón*, que le hacía la boca agua, en un extremo del cortijo, con diez hembras apetecibles. No menos autorizada era la postura de un gallo negro, que se despepitaba por una pareja, y sacudía con el pico el nudo que le retenía: ya escarbaba el piso, ya tendía las alas despaciosamente, con aire distraído, ya levantaba tamaño grito, cuando una gallina salía cacareando

del nido; gracioso era el porte altivo de un *búlique*, que con todas las formalidades del caso, respondía á los envites que le hacía un pollito fanfarrón, con todos los pujos de un grande; cual, echábase jadeante, con las alas en abanico y fatigado por la picazón que le metían los rayos solares. En las casillas, quedóse un par de gallos enfermos: el uno había tenido una pelea á pico ocho días antes, y presentaba la cabeza hinchada, el pescuezo desplumado, sin cola, con un espolón y uña rotos, no comía casi, ni cantaba, con un ojo tuerto y el mirar del otro, muy lánguido; el segundo, se jugó á navaja, iba en reposición, ofrecía la cresta pálida y dos ó tres fístulas en el cuerpo. Andaban también por el cercado, tres pollos del señorito, hijos de una gallina ceniza de ñor Pascual y de un *chiricano* muy famoso: era la terna, larga de patas, delgado el cuerpo, de figura tontona, esquiva con las hembras, sin ánimos de cantar y se alimentaba con maíz de millo.

Apenas se acercó ñor Pascual, armaron

los gallos, á una, un *gro-gro-grooo* de satisfacción, el mismo que le ponían cuando les llevaba el alimento: cantaron todos.

Sacó de la hilera un *giro*, con el cuello y zancas recortados, muy bien rebanadas la cresta y carúnculas, la piel encendida por el sol, delgadito él, pero de buen peso; quitóle las amarras y lo metió en un saco.

Este domingo, había pelea en la gallera de los Desamparados, y ñor Pascual era uno de los más necesarios jugadores. Por esto le daba, y en la materia, era autoridad indiscutible.

Había venido de la misa y, un tanto refocilado, se disponía ahora á jugar el *giro* de Melis. El señorito, de seguro, aguardábale en la villa.

Reunidos ya, ñor Pascual y Melis, pasaron por un ancho corredor; el campesino así que le hubo preguntado á su patrón por Piedad, entró de lleno en el palique del caso.

—Me traje el *giro*, porque cuenta mucho tiempo de no topar y se me *apoltrona*. Des-

de aquella apuesta... se acuerda? El enemigo se corrió con *canillera* y ganamos quinientos pesos entre varios.

—Ya. Pero hoy, como que no pinta buen día. No hay mucha animación.

Constituía el campo de batalla, un trecho circular y arenoso, cerrado por una curva estacada, y cubierto por un toldo de manta lona.

A su alrededor, pasaban prójimos, unos, desconocidos para Melis, gentes infelices que se venían de lejos por su amor al juego y otros, galleros viejos, puntualísimos siempre, bien trajeados.

Uno de estos últimos le habló á Melis:

—Y *diay*, vamos formando la parada? hagámosla *en cabra*. Cuánto pone usted?

—Voy veinticinco pesos á mi *giro*.

—Me arrimo con cinco más — agregó ñor Pascual.

El rumor de la pelea propuesta, pasó de uno al otro extremo de la gallera y se marcaron pronto dos bandos.

Ñor Pascual, jefe de uno, tomó á su *giro*,

por bajo de las alas, le safó las bolsillas de cuero, y con un cortaplumas le punteó los espolones; á los cuales, mojó en saliva después.

Melis, muy elegante con sus polainas de charol, acercóse á ñor Pascual y le dijo:

—Oh animales! Tanto que los he visto pelear y siempre me interesan! Así me cuestan, sin embargo. Un capital se me ha ido enredado en las patas de los gallos. Cree usted que gana?

—Yo creo.

El *giro* cantaba roncamente en los brazos de su dueño y en redor, se oía el sonoro clarín de los restantes, que ardían en deseos de entrar en combate.

El jefe del otro bando, un viejo de color terroso, hacía lo mismo que ñor Pascual, con una *buches*, de pechuga esponjada, no muy corta de piernas y con las penas en arco.

—Don Manuel, el *correteo*, si le parece.

—Si usted quiere.

Ñor Pascual, puso su gallo en el suelo,

no sin arrancarle antes unas plumitas próximas á la cresta.

El otro jefe empezó á enconar á su *buches* con el *giro*, el cual fijaba la vista en su adversario; éste, alzó las plumas del pescuezo, imitando una golilla y dejó ir terribles picotazos en el aire.

—Ya?

—Sí.

El amo cogió á su *buches* por las puntas de los alones y dejólo caer.

Ambos rivales parecían medir su tamaño y antes de entrar en acción, tuvieron muy elegantes portes.

A Melis le subió entonces por el cuerpo un temblorcito, entre alegre y desalentado, el mismo que sentía siempre.

Empezó para el grupo de jugadores aquel interés, hijo de su gran afición á los gallos, atento que en la pelea no mediaban apuestas considerables.

—Grandes las hemos visto, en la gallera josefina, ñor Pascual.

—Ave María! En cienes se va la plata.

—Empieza la bulla de alas — dijo un bando apiñado al redor de la estacada.

—Sí, mucho suenan y no hay golpes — contestó el otro.

—Ya entran en la picada — observó un monomaníaco por los gallos, en la posición de un cuadrúpedo y arrastrando por el suelo su limpio traje.

—Ayayay! Me le dieron duro, no?

—Qué *barbudito* le han sacado.

—Já! já! já¡ Mírenlo cómo se queda.

—Tente, gallo viejo!

El *giro* había recibido un golpe seco y descarnado en la cresta.

Las plumas de la *buçhes*, salían de su pechuga como pedacitos de papel; se iba el ave largo trecho, con las alas arrastrando y el tórax le sonaba como un acordeón.

El jadeo de ambos combatientes, no era menos angustioso que el respirar de los bandos.

—Un refresco, si quiere, ñor Pascual.

—No, déjelos hasta que se maten.

—Sí, un refresco.

—No, á candela.

—Sí.

Y un rumor se prolongó por la masa de espectadores.

Ñor Pascual agarró su *giro* y limpióle la garganta con unas plumas. Después le aspergeó por la cabeza una bocanada de agua y enjugóle la sangre con las mangas.

En el como entreacto de diez minutos, los galleros fuéronse á empinar el codo á la taberna.

Melis, como joven botarate, invitó á los de más nombre, y hubo muy minuciosos comentarios, acerca de la pelea.

—Muy buena. Ha sido terrible.

—La *buches* es un demonio; hija de aquel chiricano que se murió de soberbia en Santo Domingo, y que trajeron unos indios de Térraba.

—El *giro* no tiene más, que anda un poco lerdo, pero es de cepa *ñeque*.

Reanudóse el interés: venía el combate decisivo.

Ahora los más quisquillosos, ponían su

ánimo con el de su gallo: ya desfallecido, ya irritado, y los arranques de bravura en los combatientes, tenían uno como remedo en sus partidarios.

Con más encarnizamiento prosiguieron los gallos su contienda ruda. El *giro* aún se alzaba muy alto; la *buches* parecía más rendida, y casi echada se defendía. Atontados, después de unos minutos, el *giro* escondía la cabeza bajo el ala de la *buches*, la cual tiraba picotazos á ciegas y sacudía á su enemigo por la cola. En la ensangrentada cabeza de los animales, parecía arder la fiebre que sus interesados sentían. Por último, los aletazos fueron débiles y el pataleo muy flojo. Pero en uno, acertó el *giro*. Prensó á la *buches* por un párpado y le alumbró tan furibundo canillazo en la cabeza, que el animal cayó patas arriba, como un gato.

—Qué sopapo, compadre, más endemoniado! Pelea perdida.

—Se corrió con *vena diablo*.

—Un momento.

—Aguárdese.

—Que haya prueba!

—Qué prueba, ni qué albarda! Es pelea perdida.

—Llamemos á...

—Que lo diga ñor Pascual; él sabe de gallos.

—Ganamos.

—En ley de gallera! — gritó ñor Pascual, sobreponiéndose á bullicios y altercados — el animal que recibe *vena diablo*, es animal corrido. La pelea está de nuestra parte.

—Qué diablos!

—Qué gracia!

Los del bando contrario, picados por extremo, invitaron á Melis, para otra pelea. En la segunda estaría el desquite. A navaja ó á pico, como quisiera.

Pero el mozo, que apenas hubo de venir á pasear por la hacienda, conforme ganó retiróse con ñor Pascual.

Este metió al *giro*, tuerto ya, con espolazos en la pechuga, en un saco, y salió con Melis.

—No todo ha de ser pérdida — habló éste. Alguna vez, habíamos de ganar.

—Clarito! Y quién nos paga lo que perdimos en Tres Ríos? Cuando me mataron de *buchera*, aquel negrito mío.

—La pelea fué guapa. El *giro* se portó como un valiente. Cuídelo mucho. Vamos á tomar algo.

Con el triunfo del *giro*, tuvo Manuel para hablar muchos días á sus amigos.

XXVII

Faltábanle ocho días á Nieves para concluir los tres meses de rigor, que la ley le marcaba como recluta en el servicio militar. Cuántos cambios sintió en este lapso de tiempo!: era el revés de la tela.

Imposible le parecía que hubiese caminado tanto por el laberinto de los vicios. No obstante, él sentía muy adentro la bondad, el puntillo de honradez que por herencia y

por educación había sido el timbre de sus años y en verdad comprendió la vida tan sucia de los cuarteles, los malos hábitos que se adquieren y más que nunca deseó que llegase el primero de noviembre.

Vivía muy enfermo, con la sangre viciada, el cuerpo regado de diviesos, falto de fuerzas, perdida su virilidad. Sus momentos de disipación éranle una pesadilla y, al recordarlos, un calofrío hacíale estremecerse. Quería irse en busca de la salud y no le importó dejar atrás, en un ambiente tan funesto, á Piedad.

La campesina, medio mes llevaba de no andar con él; había descendido á tanto su perversión, que Nieves ya le era demasiado honesto; se le antojaba todavía muy cándido, muy metido en sus preocupaciones y no le satisfacía.



Tres amigos de Nieves se reunieron, por la noche, en uno de los tabucos de la hacien-

da. Había regresado su viejo camarada, y querían saber noticias de él.

—Y qué hay de nuevo? Qué nos trae usted de la capital? — preguntó el *mosquito*.

—Tantas cosas!...

—Hola! Con que parció ya el peine, con un diente menos! — exclamó el segundo.

—Vengan acá esos cinco! — dijo el tercero, muy entusiasmado.

—Qué tal, por aquellos mundos?

—Mal, muchachos, muy mal. Como los quiero, yo desearía que nunca fueran ustedes.

—A mí no me llevarán, porque soy de afuera — observó el belga.

—Y por qué no ir, Nieves?

—Se hacen en el cuartel tantas bajezas... Cuando me acuerdo de ellas, me dan náuseas.

—Y qué pasa?

—Ni me lo pregunten. Llegué, por supuesto, temblando como un conejo, sin hablarle á nadie, porque no los conocía. Me hice después de relaciones; divertida la pri-

mera noche que me pusieron de centinela: los amigos, pa burlarse, me tocaban una campanilla y yo subido en el fortín que llaman, las torrecillas aquellas...

—Sí...

—...creyendo que era algo peligroso, me asustaba muchísimo y sentía el corazón, así de grande.

—Y *diay?*

—Me fuí acostumbrando á todo. Los jefes muy familiares, hasta el respeto les perdíamos; entre más hábiles resultábamos, más nos querían y mejores consideraciones nos tenían. El café lo tomaba en la casa de la Urbana: allí me empezaron á contar los compañeros unas cosillas...

—Qué malo! qué malo! — interrumpió el *mosco*. — De tal modo que á los superiores mucho les gustan las mujeres.

—Y no *fué cola* de apartarse de ellos.

—Venga y venga... hasta que me llevaron una ocasión, á la casa de una callejera...

—Qué lindo! Ya me parece... Y qué hiciste?

—Las quijadas me temblaban y no me tenía sobre las canillas. Ni supe lo que me pasó. Acordándome después de la mujercilla, de los besos que me dió, me daba asco y escupía. Me robó la plata y si no me ando listo, hasta los pantalones.

—Qué barbaridá!

—Después, ya me gustaba y nos emborrachamos varias veces. Pero hoy... esas mujeres tuvieron la culpa! Estoy tan enfermo, con granos, con muchos dolores...

—Síii?

—Ave María! Si yo aguardaba, como la salvación, que me soltaran de allí.

—Y Piedades? Y Casilda?

—De veras, qué hace Piedades? Siguio siendo la guapa de aquí, la que iba á la Iglesia, la que te quería mucho, la que por poco se muere cuando casi te llevan á la frontera? Ya se va á venir?

—Yo creo — respondió débilmente Nieves.

No quería que se la recordasen. Esquivó la pregunta y cuantas más le hicieron.

¿Tendría suficiente valor para confesar lo perversa que estaba, lo que ambos hicieron, lo que ella deseó? Ñor Pascual preguntóle por ella y él no le dijo un solo reproche ó queja. Cuando el abuelo le habló del matrimonio, él le indicó que se le hacía imposible. Para siempre lo desengañó, pretextando que no tenía dinero.

—Y qué piensas hacer ahora?

—Pues no sé. Mis solares los hallé que dan lástima, enmontados, las cercas rotas, sin cosecha, sin plátanos... Yo talvez me vuelva á San José; me siento sin fuerzas y qué hago aquí?

—Y Piedades? No te casas con ella?

—Pueda ser! — contestó Nieves, por no decir otra cosa y despertar la malicia en sus amigos.

—Y en qué te ocupás allá?

—Voy á ver si me coloco de policía. Soy buen partidario del gobierno y con esto sé que me reciben bien. No aguardo más que curarme.

—Y los cercados?

—Se los doy á don Manuel, en pago de lo que le debo á la mamá.

—Y Casilda? Hablemos de todo un poco — apuntó el *mosquito.* — Siguió mi consejo?

—Siempre es la orgullosa de antes?

—Sólo una vez la ví, y esto, con las niñas de la patrona. Está claro que ni me alzó á ver. Sólo con ellas sale. Piedades me dijo muchas cosas que desacreditan á Casilda: parece que una ocasión la vio besándose con don Melico y no sé qué más.

—Así lo suponía yo. El tal Melis es un *tigrillo*, como dicen ustedes.

—Qué mundo!

Hubo luego un hondo suspiro y quedáronse todos en silencio.

XXVIII

COMO Piedad necesitaba las caricias de alguno, dar rienda suelta á sus amoríos desenfrenados, aceptó las cuçamonas de

un oficialete enclenque, tirando á cojo, con aires de idiota, que saludaba á todo el mundo. Infeliz figura!: pero tenía galones y esto bastaba para satisfacer sus exigencias de hembra vulgar.

A medida que Piedad se ejercitaba en actos que prematuramente la llevarían á la vejez, cobró una antipatía muy formal á Casilda, porque ésta no participaba en sus gustos, en sus impresiones. Inquina que aumentó con los días, hasta que en uno de diciembre, armó escándalo tamaño, cogiendo de la cabellera á su conterránea. Hubo con esto revuelta y media en casa de doña Carlota y de la borrasca salió mal ferida Piedad.

En efecto, el ama había cobrado cierto asco y menosprecio á la nieta de ñor Pascual, por sus portes muy libres. Hasta ahí no la reprendió por sus salidas en las tardes, porque Manuel le contó que Nieves era un recluta, y como la señora no ignoraba estas relaciones, conceptuó muy justo que se hablasen.

Pero Nieves ya no vivía en el cuartel y Piedad prosiguió atrasándose en el cumplimiento de sus deberes, hasta el punto de verse Angélica precisada á envolver á sus hijas. Con estos procederes, doña Carlota comprendió que Piedad se le descomponía irremisiblemente, y para salvar todo cargo con ñor Pascual, mandó á llamarlo, para que se la llevase presto.

El anciano, con lágrimas copiosas, recogió á esta oveja perdida y hallóla en tal situación, que no pudo menos de cosechar amargos sinsabores, sellados con un silencio sepulcral y cubiertos aparentemente con muestras de agradecimiento á doña Carlota. Regresó, pues, con su nieta adorable.

Comenzó para con ella la obra de regeneración, aconsejóla bien, inoculóla vacuna de cristiana enseñanza, purísima, y la quiso con amor de padre.

Ya Nieves se había repuesto en mucho, moral y físicamente. Pero, era ya tarde para ambos jóvenes: el problema del matrimonio, que hubiese sido en anormales con-

diciones quizá realizable, había tenido una resolución violenta, traída por caminos extraños, que decidieron el porvenir de los dos.

Piedad, en el concepto de los mozos, era fruta probada y por lo mismo, al verla pasar, arrugaban maliciosamente la nariz.

No porque Nieves hubiera dicho una sola palabra que manchase á Piedad, ni porque hubiese proyectado una venganza cobarde, sino porque á ese terreno habían llegado las opiniones.

Niñas hay que después de estarse unas semanas en San José, regresan sin mácula al pueblo de su nacimiento y vense condenadas, quieras que no, á la soltería. ¡Malicia campesina!

XXIX

—¡Ay, niña, no sabemos á qué atenernos, con el mal servicio que hay aquí — decía, muy quejosa, doña Carlota, á otra señora, obesa también, no menos

campanilluda, no embargante, ser en su conversación muy campechanota, siendo esto encanto de burguesas.

—Así es. Hay tanta malicia, que es de afligirse.

—Ayer no más, tuve que despedir para su casa á una criadilla que me traje en el verano pasado. Muy buena, al principio, pero después... se me volvió respondona y andariega.

—Parece increíble, niña, cómo se echan á perder las sirvientas! Yo, como no tengo hijas, no las quiero ni ver en mi casa. Me cuenta Rosalía, que tuvo una muy recogida primero; la fué pervirtiendo una cocinera joven que tenía, diciéndole que se quitara las camisas tan estrechas que traía, que se hiciera unas más sueltas, más escotadas; á los días, se sacó *pavita*, se hizo unos anillos de pelo, á los cuales ellas les dicen *roba-corazones*, le pidió á su ama unos cinco pesos para comprar botinas y este mundo y el pasado.

—Así son: les da por empolvarse; ro-

ban los polvos á las muchachas, ó los compran de arroz. El policía que cuida la calle, comienza á enamorarlas, á silbarles, como si fueran mujercillas, y habéis de creer?: estos individuos, que están llamados á defenderlas, más bien tienden á corromperlas y son tan atrevidos que se meten por el portón hasta adentro; conversan con ellas, se las llevan á los caballitos y hacen mil diabluras. La verdad es que esas pobres vienen muy simples, no quiebran un plato las muy mosquistas muertas, hay que enseñarlas á hacer las cosas, van á la calle y las atontan con piropos por aquí, piropos por allá.

—Yo por eso me hice de una cocinera vieja y fea. La verdad es que ustedes, las que tienen criaturitas, debían hacerse de criadas negras; no se las enamora, tienen distintos usos y costumbres, son niñeras inmejorables, cobran cariño grande á los chiquitos y cuídanlos como á hijos suyos. Esas muchachas del campo, bonitas y qué sé yo... líbreme Dios! En casa, con los muchachos, no durarían una semana.

—Pues de veras, da lástima ver cómo se prostituyen tantas sirvientas. Yo, por dicha, la que tenía, á su tierra la mandé. Ahora queda la otra, se ve muy formalita y Ofelia la quiere mucho.

—Ya ves, niña, es una suerte. Ojalá siga así!

XXX

Con haber despedido á Piedad y mientras conseguíase una que la repusiese, Casilda se hizo cargo, muy gustosa, de todos los quehaceres. Quería, por otra parte, agradar á sus amas. Aquel día primoroso de diciembre, ofició, pues, de niñera, para pesadilla de la gentuza sirvientil.

La bóveda celeste, despejada: sólo dos ó tres nubecillas sueltas, como garzas hermosísimas, y allá, en un girón azul, otras, extendidas en bello desorden, como si un pintor hubiese pasado algunos brochazos por el lienzo.

Casilda se paseaba, con la niña en los

brazos, por las avenidas del Jardín Central. Al principio, aquel ejercicio parecióle pesadísimo y más de una ocasión, tendióse indolentemente en uno de los escaños de madera.

Cuánto degeneró su temperamento cam pesino!: ella, que venía á vender huevos dia riamente desde un kilómetro de la capital, en cuyo trajín adquirió aquel empaque elástico de sus carnes, ahora blanco y delicado.

Bajo una capa de polvos *Simon*, se perdían las oleadas de sangre, que antes bañaron su rostro: su frente, limpia en otros tiempos, la sombreaba un voluptuoso mechón de cabello.

Andaba vestida con ropas de las señoritas, y con su andar sereno y ondulante, como la hoja de maíz, y con sus visajes despreciativos, ponía en apuros á los moscones que la importunaban.

En ella se clavaban los vistazos malignos y las sátiras hirientes de las compañeras de Piedad, muy mal dispuestas de antes y muy convencidas de su pequeñez.

Con un arrugón de entrecejo, apabullaba á los atrevidos sargentos, que le hacían semblantes muy majos; éranle simpáticos los estudiantes y apenas oía sus bromas maliciosas; sonreía angelicalmente á los pollos libertinos y trasnochados que, al verla pasar, decían:

—Oh, palomita de Castilla: si es de comérsela viva!

En tales condiciones, encontróse un día á varias *tortilleras* del barrio y como Casilda fingió no conocerlas, pusieron el grito en el cielo y fueron á decir por sus solares:

—Huum! Quien te vió y quien te ve! Casilda parece una española, por lo compuesta.

Aquella altivez de la hija de ña Silveria para con sus conterráneas, era bien premeditada. Bastante la denigraron, allá en la tierruca, porque era más desprendida que ellas, porque siempre la prefirió Melico para sus requiebros y como éste, cuanto lechugino curioso aparecía por aquellos andurria-

les. Y su orgullo era tanto más abrumador, cuanto que de oídas y por lo que Piedad le contó, conocía bien las costumbres *non sanctas* de las *tortilleras* en la metrópoli.

Hábitos rastreros de mozuelas que entran cotidianamente, muy tempranito, á la capital, con una mancuerna de gallos, manojos de flores de *itavo* y de *guarias ;* encubren con hipocresía sus pecados, tamañitos de veras, pues muchas dejan, — en cambio de unos pañuelos asedados, de un corte para faldas, de un par de zapatitos, de tal cual chuchería,en cualesquiera tenduchas del Mercado, — aquel tesoro por el cual Eva perdió todo un Paraíso terrenal y por el que las Evas de nuevo cuño, se resuelven á "perder el Cielo!"

XXXI

—CONQUE, Casilda, aun no te decides?

—No, Melico, no.

—Qué gusto el tuyo! Ajj! Viviendo en un infierno como el de esta casa, expuesta á que te trapeen criadillas y cocineras, aguantando las malas lunas de mi madre. Ajj! No sería mejor para tí que viviésemos juntitos, en una salita preciosa, en las afueras de San José. Pasando ahí las horas, yo siempre á tu lado, sin separarme, porque soy rico y no tengo que salir á buscar ocupación; permanecer contigo las noches enteras. Entonces, nunca llegaría tarde á tu casa, pondría en tí más cariño que en mis amigos, que en mi madre. Oh, qué ratos más deliciosos los de ambos!... Si como piensas, mi empeño sólo fuese el de desgraciarte y olvidarte luego: ¿creerías que no enamoraba á más? No habría consentido que se fuese Piedad, una muchacha de buenas carnes...

—Sí, sí, ya lo sé — interrumpió bruscamente Casilda, como diciendo que no le hablase más de la tal, picada ya por los celos.

—Pero notaste que nunca le hice caso; siempre me pareció muy tonta y me empe-

ñé, más que cualquiera, en que la echasen de aquí. Con que ya ves, como te quiero de veras.

—Sí, lo comprendo.

—Clarito, si eres muy superior. Dime: los regalos que te hice cuando tu cumpleaños, te gustaron?

—Ah, muchísimo. Mire usté, este pañuelo que traigo es de aquellos.

—Pues hazte el cargo de que no valen nada, si se comparan con los que yo te daré, cuando seas mía. Ay! ya sueño con esa vida nueva para los dos! Conque te decides, Casilda? Piénsalo, oyes, piénsalo. Imposible es que desdeñes mis íntimas deferencias, de un cariño profundo. Verdad que te decides? No...? Sí...? Ya me lo dices con los ojos! Verdad? Sí?

—Quién lo sabe, Melico? — contestó Casilda, distraídamente.

XXXII

BLANDAMENTE reclinada en un cabezal, con el pelo suelto, el colodrillo

descansando sobre las manos, y con el busto fuera de las sábanas y cobijas, se encontraba Casilda aquella noche última de diciembre.

¡Cuántas cosas raras surgían en su pensamiento!: una urdimbre de recuerdos y de proyectos, acompañados de febriles extremecimientos en todo su cuerpo.

Eran las once, próximamente. A las ocho habíanse ido doña Carlota y sus hijas para el baile de Año Nuevo en el Teatro.

Casilda acompañó á las señoritas en sus compras de trajes por las tiendas; tomó mucha parte en los preparativos que doña Carlota hizo para el *estreno* ruidoso de sus hijas en el salón de baile; participó, en cierto modo, de las impresiones prematuras que experimentaron las niñas; ayudó á componer á éstas, con afeites, perfumes, enrizados artificiales, y otras ridículas modas que hacen de una joven un objeto bonito que se llevase á la Exposición; saludó á los parientes de Ofelia y de Catita, los cuales, como siempre, caballeros y corteses antici-

páronse á solicitar las piezas del programa, para que así no hubiese un fracaso; y luego... las vió salir con sus lujosos coletos, arrebujadas en unas ricas boas color crema, con las faldas lo suficientemente altas para que permitiesen ver las zapatillas blancas y el comienzo de una caña provocativa; con los suaves abanicos de plumas en las manos; las siguió con la vista; iban también doña Carlota y Manuel: la primera, muy escrupulosa, que no se apartaba de sus hijas, quería cuidarlas, no obstante permitir que danzasen en brazos de libertinos malvados; el segundo, no llevaba muy buenas impresiones: había asistido á tantos! Estas cosas sublevaron las ardientes pasiones de Casilda, hasta ahí contenidas, y antes de dormirse quiso rumiar asuntos propios, difíciles, de interés creciente y de harta importancia para su porvenir.

Ocho meses tenía ya de servir como criada: tiempo suficiente para aprender mucho; había sorprendido y robádose, á una, los secretos de la aristocracia, los requisitos del

smart, y los elementos indispensables para agradar en el mundo. Poseía ya buenos modales, un trato impropio en su condición; supo como debía emperifollarse para salir á un baile ó para asistir á la ópera; podía ya prenderse una saya ó un colgajo cualquiera y estaba segura de que sería de efecto; sabía por sus nombres propios, los ajuares de una vestidura y cuál modista podía hacerlos más elegantes. Conocía por la gracia ó por sus apodos y personalmente á los novios de sus amitas y de las que no lo eran; gustábanle mucho los *pollos* josefinos y todas sus aspiraciones se enderezaban á vivir entre ellos. Por de pronto, algo la consolaba y era que doña Carlota no se iría al campo por ligeras indisposiciones, y si las niñas querían temporar, las enviaría con alguna amiga suya que saliese al veraneo. Sin este antecedente, ella habría precipitado sus proyectos, así le hubiese sido gravoso en lo venidero. Porque... volver ella á su barrio? Nunca! Tenía sus parientes, es cierto, su madre, pero meses atrás ya le fasti

diaba aquella vida campesina, no la quería; y su afán estuvo siempre, por salir de su esfera. Ni se había tomado la molestia de ir una sola vez á su pueblo; si deseaban verla, que viniesen. Así lo comprendió ña Silveria, la cual, dominicalmente, veníala á saludar, con ropa limpia y otras caricias. Por lo demás, este asunto de familia le preocupaba muy poco. Bien sabía que la desgracia entre ésta, se regó desde el crimen practicado por el guarda en la persona de Filomena, desde la muerte de su padre y de otros acontecimientos más, de los cuales no quiso acordarse: antecedentes fríos que habían lestruido, en mucho, su amor al hogar! Ella comprendía que viviendo, como hasta ahora, en unión de sus amas, éstas algún día la casarían con un hombre de la clase media, un pintor de brocha gorda, ó talvez con un obrero. Pero en su orgullo desmedido, sin la originalidad de la sierra, y con sus remilgos exóticos, tales gentes le parecían poco: se las figuraba muy lejos, y las ponía ese interés efímero que se tiene por aquello

que se ha visto, pero que nunca se ha tratado. De sus afectos pasados, apenas guardaba una sonrisa leve para el *mosquito*, el cual habíase casi borrado en su memoria. Lo quiso, porque no había otro en el distrito, pero... últimamente se había vuelto tan satírico, y no perdía momento de clavar á Casilda la púa de su ironía.

Pensar en un matrimonio con uno de los señoritos encopetados? Esto habría sido un absurdo, porque los tales, á duras penas se casan con las de su círculo. Pero Casilda deseaba ser parte interesante de alguien. Y sus ojos húmedos fijábanse en Melico: tenía sed amorosa. Si hasta la hora había reprimido sus tormentas y rechazado las proposiciones del señorito, fué porque antes de criada, antes de novia, era mujer y por lo mismo el pudor sonrosado la cubría.

El joven había sido muy caballero, y lo suficientemente sensato para no provocar una violencia y con ésta un escándalo. Era también lo bastante libertino y sagaz, para llevar con prudencia los acontecimientos.

El supo que por su rumbo natural la moza sería suya, sin precipitar las cosas. Sólo se preocupó por halagar á Casilda, con muy bonitos regalos, cortes de género, pañuelos preciosos, pendientes, zapatillas y otros adornos. Su política consistía en no tenerla discontenta, en no ser brutal, para que así no llegase á repugnar á Casilda. Esta, á la sazón, repasando los actos del señorito, sentía hacia él un cariño intenso, precisamente por aquel modo tan fino de comportarse con ella.

Y qué haría Melis en aquel baile? Estaría con alguna novia? Esta zozobra atormentaba á Casilda. Sí, sí: habiendo accedido á sus ruegos, no lo tendría entre sus brazos, en la salita que le ofreció, por el barrio de Amón ó por la Sabana, adonde nadie los molestase? Talvez estaría á su lado y no en aquel baile, con aquellas niñas... Pero... quedarse ella sin su dictado de virgen y si después la dejaba... Ave María! Y Casilda, horrorizada por el presentimiento de un porvenir dudoso, se llevó las manos á

la faz. En esto oyéronse unos pasos y en seguida, tres leves golpecitos en la puerta.

XXXIII

—SERÁ?...? No. La niña Angélica duerme segurito, la Liberata todavía la oigo toser por allá. Entonces...? Será él...? — se decía Casilda, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en la sombra.

La puerta se entreabrió.

—La Virgen Purísima! — gritó Casilda, cuando vió á Melis, con una palmatoria en la zurda.

Y dándole rienda suelta á su pudor sitiado, sacudió las mantas, acurrucóse en su leche, y al echárselas encima apagó la vela y el cuarto se quedó á oscuras.

—Ah! mucho lo quiero... no... no... — repetía Casilda.

—Pst, Pst! calla, pareces una chiquita — dijo Melico, de puntillas.

Aprovechando la ausencia de su madre y

hermanas, dejó Melis el baile, y se vino, incitado sobremanera por Tijo.

El aire tibio del salón, los brazos desnudos, los escotes indecentes, la caricia del baile, los perfumes, las armonías sensuales de la música, le revolvieron la sangre. La pornografía escogida de Tijo y demás lujuriosos condimentos, apartáronlo de su familia, y ahí estaba, pues.

El sátiro arrodillóse al pié de la tijereta y comenzó:

—Mira, Casilda, hoy sí, verdad?

—No y no. Si me toca, grito. Tan ruin! Esto lo hace porque no está la señora.

—Déjate de eso, accede; por mi nombre, que cumplo mis ofrecimientos.

—No sea ingrato... Mamita... mamita... Si ella lo viera en estos momentos, qué diría?

—Qué habría de decir! Que si tú accedieras, ya quedaba yo comprometido con la familia y podría favorecerlas en mucho...! Nunca se enojó porque te abrazaba en San Antonio...

—Sí... pero... adió... adió... no y no; váyase por lo que más quiera. Otro día, Manuel, ahora no. No sea ingrato. Váyase, que allí viene doña Carlota... la oye... qué barbaridad! No ve que me hace desgraciada?... Mañana me lo notarían...

—Qué notar, ni qué albarda! Accede, Casilda mía, accede. Si no, me voy para siempre.

Hizo el mancebo que se iba y encaminóse hacia el umbral.

Casilda, fatigosamente arropada, sentía desmoronarse el castillo aéreo de sus sueños de virgen. Mañana la echarían del servicio y para dónde cogería? Sí, Melis se fué bravo y no se contentaría ya. O talvez... él era muy bueno... Esta incertidumbre de la niña se retorcía por su ánimo. Alzó temerosamente la cabeza; el cuarto lo dejó Melis abierto y los rayos de aquella bellísima luna de enero, alumbraban un esconce del dormitorio. Casilda deslizóse quietamente del lecho y en camisón fuése á cerrar la puerta: los pechos le temblaban como dos

palomitas prisioneras en una red de encajes.

Manuel, listo como el *camaleón* que cae sobre la azulada *viuda*, — hasta el momento oculto, — tiróse sobre Casilda y la levantó en sus brazos, desmayada..........................

....

....

XXXIV

Cuatro de marzo. Melico partió en este día para la hacienda, más de madrugada que nunca.

Dos meses antes, Casilda estaba como fruta en el árbol: sana. Pero... maldita noche! Oh borrascas de la pasión! Ahora había rodado por el suelo. Sí, muy caída se hallaba y Melis no era capaz de una generosidad. A fines de enero, la criada sintió grandes cambios en su organismo y una fuerte inclinación á la tristeza. Apenas tuvo valor para decirle á doña Carlota que se iba, porque quería descansar. No alegó nada la señora. Por dicha, Ofelia y Catalina

andaban veraneando por Tres Ríos, que á haber estado éstas, le habrían hecho tantas preguntas sobre el color verdoso de sus ojos, sobre su languidez de rostro, que hubiera confesado su falta. Sí... sentíase como aislada en el mundo, sin apoyo en ninguna parte.

Y entró, como se convino, en el cuco local que Melis habíala preparado. Distrájole el señorito á su madre unos cienes de pesos, tomó en alquiler, para su novel compañera una linda casa por un semestre y puso en ella un ajuar ostentoso: en las paredes, cuadros que representaban escenas picantes de París, un lindo juego de muebles de palisandro, felpudos de oso, fanales de trípodes ornados de artísticas figuras, espejos abiselados, esquineras, macetas, un rico lecho, antecama, cabezales lujosamente enfundados, un lavabo y demás componentes necesarios en una habitación acomodada. Visitábala todas las noches; como más corrido en la corrupción tenía sus palabras de consuelo para Casilda, la cual, sintiendo la falta de

su ya perdido pudor, indicábale á modo de proposición:

—Quién se casara conmigo? Al que lo hiciera lo querría mucho, por ser tan bueno.

Criatura infeliz! Veía en el matrimonio la reparación de su falta, y con la idea de la práctica de esta fórmula social, reponíase en mucho, la angustia de su corazón.

En febrero, fué Melico con un doctorcito amigo suyo, libertino por extremo, muy capaz de elevar ditirambos á la belleza desnuda. Le contó el caso... gran cambio en el carácter, perversión de la inteligencia... afecto á lo que antes aborrecía... y no sé qué más.

Casilda se encendió como una granada, y el facultativo se hizo cómplice de aquel crimen, que tenía sus comienzos en el seno de un hogar aristocrático; la operó por medio de una lanceta, ocasionándola con ésto un abortivo que proporcionó á la moza agudísimos dolores, visajes de desesperación, gritos y estirones de cuerpo. Un medio menos malo de los muchos que las jóve-

nes, novicias en la prostitución, practican para esterilizarse. Ruptura indigna de las leyes de la pródiga Naturaleza, tanto más dolorosa, cuanto que las chicas embarazadas, en su prurito de salir de aquel estorbo que las acusa, de aparentar inocencia, se ponen en manos de viejas curanderas é ignorantes que hacen más estragos en el país, que la tuberculosis ó la fiebre!

Melico recordó, y esto le satisfacía, las palabras con que el doctor se despidió:

—Amigo Melis, cuide la muchacha, es inmejorable. Usted, por lo sano, es un milagro entre sus amigos, pues no está con enfermedades terribles, como la mayoría de ellos. Si no piensa casarse, no se deshaga de la joven. Adiós!

XXXV

Por la noche, Melis regresó á su casa. Sus hermanas habían llegado del campo en el tren de la tarde y á la sazón encontrábanse sentadas á la mesa. Melico

entró silbando al comedor y ocupando la cabecera habló:

—Y qué tal?

—Bien, y tú?

—Así, así.

—Por qué no volviste? Tanto que te aguardaron para el baile de la despedida.

—Aj! Ya me tienen hasta aquí esas diversiones.

—Adió! Tan tonto!

—Y Casilda está por San Antonio?

—Ni la he visto.

—Qué vas á ver! — siguió doña Carlota. — Si la muy canalla salió de aquí para la calle. Esa era la enfermedad que tenía. Ahí vino la madre á buscarla y yo le dije que se había ido de aquí. Lloró la pobre mujer tanto, que me dejó descompuesta. Partía el alma verla.

—Ay, Jesús! Pobrecita!

—Y quién se llevó á Casilda?

—Alguno que la quería, muchacha — repuso Melico, disimulando y en guasa. — Ya sabes que aquí en eso paran las criadillas.

—Hombre! Dios me lo perdone, pero yo pudiendo, mandaba á quemar todos esos diablos que son la desgracia y ludibrio de las mujeres. Lástima de Casilda! Tan simpática que era! — habló Ofelia, temblorosa y en pié.

—De veras. Yo no sé por qué aquí á nosotras las mujeres nadie nos ampara, nadie nos autoriza para reclamar el honor perdido, ni hay quien nos ayude á exigir al violador un casamiento inmediato con sus víctimas — prosiguió Catita.

—Más cuidadito, muchachas, con una piedra se matan muchos pájaros. Cuánto nos han dicho! Mejor me voy — observó Melico, después de haber escuchado las pestes de sus hermanas; mal comido se retiró, sin decir más. Encendió un habano y con los brazos cruzados salió de su casa y encaminóse por la calle de la Estación.

El asunto de Casilda empezaba á molestarle y dió cabida á un arrepentimiento hipócrita. Las ideas le atontaban y decíase para su capote:

—No, mejor la abandono: ya queda instalada. Ahora que comercie con sus formas. Hice la tontería y no puedo remediarla. Me gusta y es una belleza, pero la desigualdad social... esta injusticia estúpida, me impide hacer un heroísmo, del cual soy muy incapaz. Lo veo. Me consuela una cosa, y es que la acción mía es muy practicada en el país. Además, Tijo, el zorro aquel, no ha violado cuatro mujeres, les ha vuelto las espaldas y se queda tan fresco? Yo no, ha sido sólo una, la primera; yo me he portado bien, poniéndola en condiciones de hacer mucho en la carrera. Item: si yo que soy muchacho y propenso á estas locuras, me siento casi enfermo, qué se dirá, entónces, de tantos señores muy graves, casados, que prostituyen á las criadas delante de sus familias, de sus esposas mismas, y que acriminan más su responsabilidad? Sí... No me conviene más seguir haciéndola mi querida. Apetecible es, ya lo creo!, los dedos aún se resbalan sobre sus carnes duras, pero... mejor se la dejo á mis amigos. Estos

ya regresan á la capital y con ellos, sus familias, las señoras serias, las hijas. Qué barbaridad! Mis compañeros, si continúo viviendo con Casilda, lo sabrán muy pronto, porque en San José, una ciudad tan pequeña, se comenta hasta lo más mínimo, arriba y abajo. Bien que yo guardaría mucho silencio y no haría como los mentecatos de mis amigos, que alardean de violar mujeres, á todo el mundo se lo dicen, y son los pregoneros de nuestra corrupción triunfante. Pero lo sabrían de seguro y me embromarían delante de mis amigas, señoritas maliciosas, que pronto darán en el clavo. Y de éstas pasaría á las señoras, á mis hermanas, á... mi madre. Qué digo! Ni por un momento más, pensaré en tal cosa. Que se la lleven Paco, Elías, Tijo, el diablo mismo, si es posible, con tal que no se averigüe nada... que la llamen *Nueva*, le pongan un mote, lo que quieren, pero no mienten á Melico... no!...

Y se detuvo unos instantes, con la frente regada en frío sudor.

A su espalda tenía la Fábrica de Licores, con su olor aguardentoso, con su techumbre ahumada, con el frontis y los paredones roñosos por el tiempo. A lo lejos, entre la violácea bruma, columbró el lujoso Edificio de Corrección, y acordóse que á no larga distancia, se confundía el retiro de Casilda. Encendió un sexto pitillo y prosiguió andando.

Qué haría en aquel momento? Tendría, sin duda, el pensamiento fijo en él. Extrañaría no verle llegar á la hora de siempre, pues ya las sombras nocturnas caían sobre la ciudad; pero él no iría aquella noche, ni nunca... Casilda no dormiría pensando en su ausencia y cerraría llorosa las puertas, con temor de que alguno llegase á importunarla. Qué le importaba! La suerte fué echada y sería irrevocable.

Manuel, al pié del Monumento Nacional, ya más fresco, recordando las palabras de sus hermanas, se atrevió á asegurar que eran culpables de la prostitución que hoy roe todas las escalas sociales, las leyes del

país, la mala educación que dan las madres á sus hijas, esa hipócrita libertad sin freno de que gozan bajo un cielo siempre de color turquí y en un clima tropical como éste, muy propio para provocar impresiones fuertes.

Volviendo los ojos á Casilda, la compadeció muy de veras y su compasión la extendió á él mismo, á su círculo, á la clase obrera, al pueblo, y sobre todo, á esa agrupación de hijas del campo, que diariamente afluyen, por causas variadísimas, á la capital, que se corrompen lastimosamente, se avegetan, tomando menjurges y abortivos y consideró, cuánto mejor sería para Costa Rica, que en vez del agostamiento de sus robustos elementos femeninos, se viese en ellos á las madres fértiles, vigorosas, simiente rica de un momento histórico más apetecible, con una raza, con un pueblo sanos, con una juventud valiente, elevada, pensadora, activa: con una juventud robusta como la griega, austera como la de Roma, soberbia y terrible como la de Polo-

nia: con una generación admirable, de aquellas que son el esplendor de las naciones, la defensa del derecho, la realidad más querida de los pueblos: de aquellas que, por cierto, la Patria afligida y mustia, casi yerta, para su salvación imprescindiblemente necesita.

San José de Costa Rica, agosto de 1900.

PROVINCIALISMOS USADOS EN ESTA OBRA

ACHARÁ! — Qué lastima!
BANDOLAS. — Los barcjones bajos de la planta, muy cargados de granos.
BÚLIQUE. — Gallo con plumas blancas y negras.
BUCHERA. — Golpe en el buche.
BUCHES. — Gallo que tiene plumas pobladas al rededor y en medio de las carúnculas.
BARBUDO. — Pimeloctus Salvini Gunther.
CAMALEÓN. — Falco Sparverius.
CORRENTADA. — Corriente.

CAUTEL — Corrupción de cocktail.
CUAJINIQUIL. — Inga Vera. Arbol perteneciente á la familia de las leguminosas.
COMEMAÍZ. — Zonotrichia Pileata.
COPETES. — Los barejones altos del cafeto, que dan muy abundante cosecha.
CONCHO. — Así se llama burlonamente al campesino.
CALLEJERA. — Moza del partido.
CHINA. — Niñera.
CHAMPULÓN. — De cuerpo basto y pesado.
CHÚCARO. — Bravío.
CHUCUYO. — Especie de cotorra pequeña.
CHOMPIPE. — Pavo.
CHASPARRIA. — Chamusquina.
DUNDAS. — En abundancia.
ENTIERRO. — Tesoro escondido en la tierra.
FUE COLA. — En balde era.
GIRO. — Gallo pintado de negro y blanco.
GÜECHO (no colgarle el). — No ser tonto. *Güecho* es para el costarricense tener bocio, paperas.
GUABA. — Guama.
GUARIA. — Orquídea. Cattleya Skinneri.
GUINEO. — Especie de banano.
HIGUITO. — Higuerón.
INDINA. — Pizpireta.

ITAVO. — Yucca Alba Follia.
JOLES. — Dinero.
JARANA. — Deuda.
JOCOTE. — Spondias sp.
MALATOBA. — Gallo que tiene las plumas de de color amarillo dorado.
MELCOCHO. — Gallo de plumas rubias.
MAMÓN. — Barejón repleto de granos.
MACHO. —Extranjero.
MEDIDA. — Cinta bendita de cualquier color.
ÑEQUE. — Valioso.
PECHO-AMARILLO. — Pájaro insectívoro Tipannus Myiodynastes.
PORÓ. — Erythrina Coraellodindion.
PELONA (La). — La muerte.
TULUMUCO — Galictus Barbara.
VELA. — Fiesta indígena, usada en los hogares de nuestro pueblo á manera de exequias, con especialidad en la muerte de los niños.
VIUDA. — Tanigra Cana. Fam.nagridæ.
YIGÜIRRO. — Turdus Gravi. Mirlo típico de la familia Turdidæ.
ZETILLERO. — Sporophila Morelleti.